

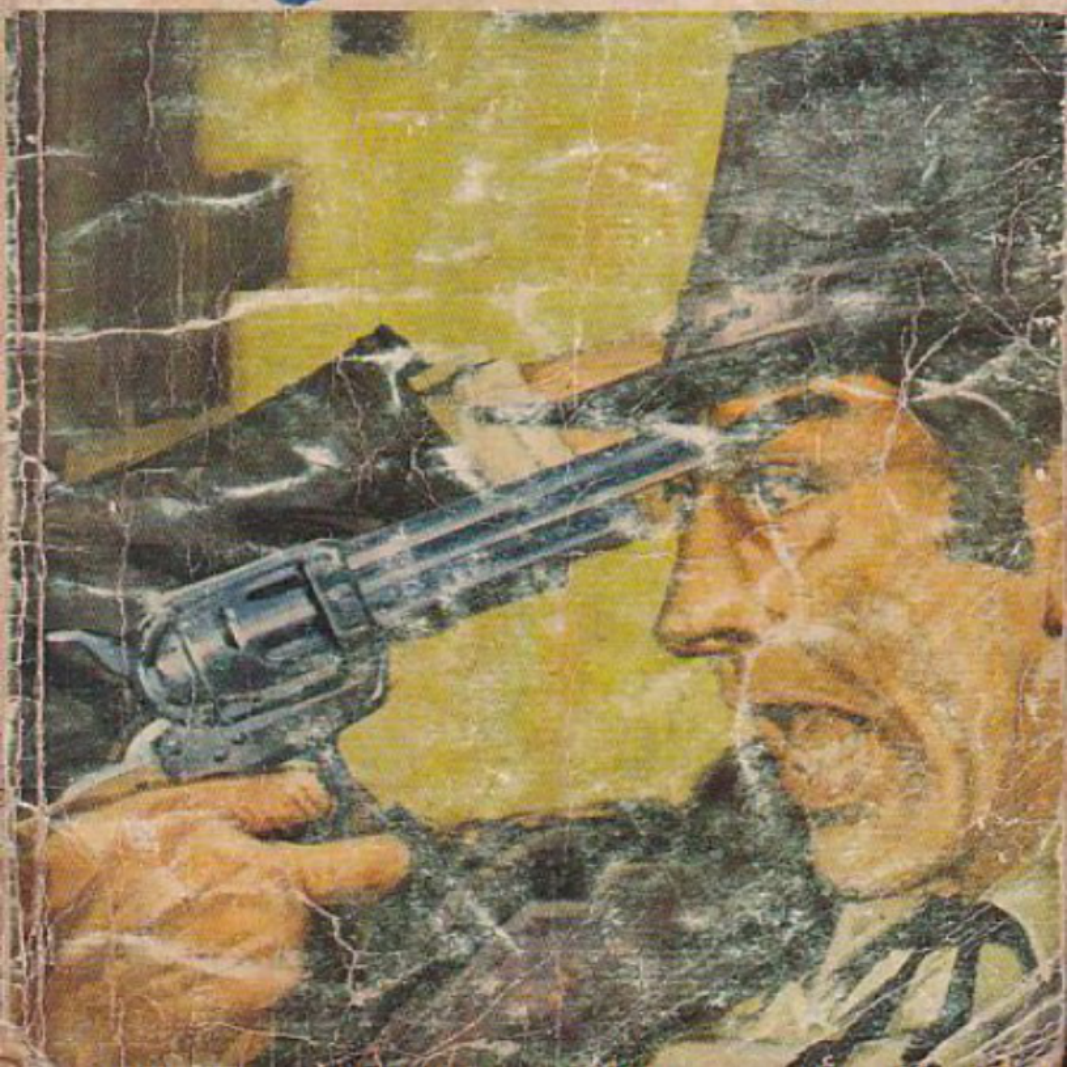
100 LIBROS BRIGUERA

PUNTO

ROJO

HISTORIA DE UN CHANTAJE

Alf Regaldie



HISTORIA DE UN CHANTAJE

ALF REGALDIE

Colección PUNTO ROJO n.º 821

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.308. — La muerte cabalga por la pradera.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.369. — La hora de los muertos.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

997. — Club de asesinos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

908. — Caravana mortal.

En Colección CALIFORNIA:

898. — ¡Cuidado, Morgan vuelve!

En Colección COLORADO:

1.045. — Unidos en la venganza.

En Colección BRAVO OESTE:

587. — La ley de los ambiciosos.

En Colección PUNTO ROJO:

805. — Ha muerto un asesino.

En Colección ASES DEL OESTE:

661. — Sorpresa en la noche.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

328. — *Sheriff* acosado

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

294. — El crimen tiene un precio.

En Colección KANSAS:

980. — La ruta de Dodge.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B 46.S11 — 1977

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: enero, 1978

© Alf Regaldie — 1978 texto

© Miguel García — 1978 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA.
S. A. Mora la Nueva. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

LA verdad es que me extrañó ver a Mike Owens en el Club 2000.

Porque el Club 2000, una especie de *pub*, es un lugar al cual acuden personas decentes, seres normales.

Y Mike Owens, tal vez sea normal, pero me huele que, de decente, nada de nada.

Mike pertenece también al cuerpo de policía; pero lo han retirado de la calle y lo han colocado en un trabajo meramente administrativo.

A Mike le envainaron un cuchillo en la espalda hace poco más de un año. Y hay quien dice que no quedó bien y que por eso lo retiraron a un lugar tranquilo.

Sin embargo, mis informes van por otro lugar. Mike estaba «pringado» y lo hirieron por «trabajar» contra una pandilla, porque le pagaba la pandilla rival. Y eso es algo que los del hampa no perdonan.

Otro, en el caso de Mike, habría sido expulsado; pero con Owens tuvieron consideración porque su padre había pertenecido al Cuerpo y había muerto en acto de servicio.

Y el padre de Mike era un auténtico y limpio policía.

No me esperaba nadie en el Club 2000. Sin embargo, fingí no ver a Mike y me deslicé hasta un rincón solitario, sentándome ante una de las pequeñas mesas del *pub*.

Apenas se había retirado el camarero después de servirme, vi que Mike se acercaba. No podía evitarlo.

Saludó cortésmente. Sonreía con cierto aire de superioridad.

Palabra que me dieron ganas de asestarle un puntapié en el estómago.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Prueba a ver.

Se sentó. No había abandonado su impertinente sonrisa.

—¿No me invitas?

—Puedes pedir —respondí.

—No, gracias. Me largo. Sé que no te caigo bien.

—No me caes bien —confirmé con absoluta sinceridad.

Señaló un leve encogimiento de hombros sin abandonar su mortificante sonrisa. Y dijo a continuación:

—Te busqué, pero habías salido ya...

—Si...

—Debía entregarte esto. Gratificación extraordinaria.

Al hablar dejó caer un sobre encima de la mesa. Estaba claro que contenía dinero.

Sin intentar averiguarlo siquiera, respondí:

—No hay gratificaciones, ni ordinarias ni extraordinarias. Puedes volverlo a guardar. Y dárselo a quien te lo haya dado.

—Eso es imposible y tú lo sabes. No es una gratificación oficial, pero es gratificación... Eres el único que queda por recogerla.

—No la quiero. Y si soy el único, pues peor...

—No te comprendo...

—Sí me comprendes. Quienes no la hayan rechazado quiere decir que están podridos.

—No me gusta eso que dices. Ni gustará tampoco a otros compañeros —replicó hoscamente.

—Lo comprendo. Y ahora haz el favor de levantar el campo y largarte —dije con firmeza.

Se puso en pie lentamente mientras guardaba de nuevo el sobre despreciado por mí.

—Tu padre era un honesto y estupendo policía. Deshonras su memoria —dije aún.

No respondió. Y se alejó sin prisas.

Poco después salía del Club 2000 y recibí la impresión de que comenzaba a respirarse mejor.

No había transcurrido media hora aun cuando me puse en pie para marcharme.

En mi pequeño apartamento tenía lo suficiente para confeccionarme una frugal cena cuando tuviera gana de cenar.

Y allí me esperaban además mis libros de estudios y la prensa del día, prensa que no había tenido ocasión de ojear siquiera.

Una vez en la calle me dispuse a tomar un taxi. Pero se me adelantó una rubia imponente.

Y eché a andar. A fin de cuentas mi casa no estaba lejos. Cuestión de quince minutos, no más; y andar, me haría bien.

Iba andando a mi apartamento con bastante frecuencia.

Cruzaba ante una calleja, cuando dos muchachos que iban corriendo realizaron una maniobra que entonces juzgué torpe. Y se me enredaron entre las piernas, haciéndome perder el equilibrio.

Iba a apoyarme contra la esquina para evitar la caída, cuando recibí un golpe en la mano.

Fallé y me fui de bruces, obligándome a adelantar la otra mano para

evitar un choque violento contra mi rostro.

Fue cuando recibí un golpe que habían dirigido contra mi cuello y que, al intuirlo, maniobré haciéndoles fallar en parte. Recibí el golpe en la parte alta de la espalda y me produjo, a pesar del fallo, un molesto dolor.

Comencé a caer sin intentar evitarlo y oí silbar un puño cerca de uno de mis oídos. Fallo del contrario.

Sin embargo, cuando caía, otro me acertó un duro golpe en un pómulo, golpe que me hizo girar ligeramente, precipitando mi caída.

Una vez en el suelo me golpearon dos veces más en mis costados, a los cuales aplicaron las punteras de sus duros zapatos.

Otro de mis atacantes saltó, intentando patearme.

Giré y esquivé.

Y le atrapé una de las piernas cuyos tobillos habían quedado a dos dedos de mis narices y mis manos, que intentaban proteger el rostro.

Una vez hice presa, giré de manera brutal intentando hacer un tirabuzón con su pierna.

Gritó a lo bestia y giró rápido tratando de evitar el dolor. Y su giro brusco, inesperado, sirvió para desplazar a los otros de manera violenta, lanzándolos contra las paredes.

Era mi ocasión y me puse en pie de un salto. Sin embargo, no traté de huir, de poner pies en polvorosa, porque aquello habría podido significar mi muerte, aunque parecía que ellos no pretendían matarme.

Asesté un golpe con el canto de mi mano derecha y pillé en la garganta a uno de los fulanos. Emitió un sonido bronco, puso los ojos en blanco y cayó de rodillas.

Quedó a tiro y le asesté un puntapié en la boca, que había abierto mucho tratando de tomar aire.

Y se fue hacia atrás lanzando un chorro de sangre. Al fin quedó inmóvil, como muerto. Esquivé un golpe y atacé haciendo un giro hábil y eficaz. Mi zapato golpeó con precisión en el rostro de otro de mis enemigos, que chocó de espaldas contra la pared.

Y antes de que pudiese reponerse recibía un golpe cruzado y corto en la barbilla. Había golpeado con fe y recibí la sensación de que los nudillos de mi derecha me quemaban.

Pero el individuo, tras golpear con la parte trasera de su cabeza en la pared, cayó al suelo fuera de combate.

Recibí otro golpe en una de mis orejas y me sentí ligeramente aturdido.

Intuí más que vi a mi enemigo, que se me lanzaba encima; y adelanté una de mis piernas, cuyo pie le clavé en su estómago.

Boqueó el fulano de manera angustiada y comenzó a caer.

Le ayudé a terminar de caer asestándole un puñetazo que le alcanzó

en un ojo e hizo rebotar su cabeza contra la pared.

Me había vaciado en la lucha y me encontraba sin fuerzas. Casi no podía sostenerme en pie.

Y por otra parte, me dolían cuerpo, cabeza y manos.

Descubrí un individuo que abandonaba un coche negro y atravesaba la calle en dirección al lugar en donde se había producido la pelea.

Intuí que debía pertenecer a la pandilla. Seguramente era el chófer. Y si se acercaba, no era para invitarme a subir y llevarme a mi apartamento.

Y me decidí por la huida antes de que él pudiese impedirlo.

En lugar de salir de nuevo a la calle, me interné en el callejón, cada vez más oscuro.

Él no se atrevería a seguirme por miedo a una emboscada.

El olor era inaguantable en aquel lugar. Un gato salió huyendo.

Una pareja que hacía el amor apoyados contra un tonel, dijo algo poco agradable para mis oídos.

Y yo seguí buscando la luz, logrando salir al fin a otra calle por la que circulaba la gente normalmente.

Llamé a un taxi. Di mi dirección al taxista y éste, una vez hube cerrado la portezuela, arrancó sin hacer pregunta alguna, comprendiendo que yo, lo que necesitaba, era salir cuanto antes de allí.

Le pagué generosamente cuando estábamos ya ante la puerta del edificio en donde estaba ubicado mi apartamento.

—¿Le ayudo? —preguntó.

—Gracias. Pienso que puedo llegar por mi pie...

—Le deseo suerte, sargento. En principio no le había conocido.

—Supongo que cuando me mire al espejo, tampoco me conoceré yo. Le agradeceré el silencio...

—Soy una tumba. Ya sabe lo que debe ser nuestra perra vida de taxista: Ver, oír y callar...

Se alejó tras darme las gracias de nuevo.

El descanso me había ido bastante bien y aunque mi caminar no era aún todo lo seguro que yo habría deseado, llegué hasta la puerta y abrí.

Cerré a mi espalda y me dirigí a la escalera. La pretería al ascensor, puesto que solamente se trataba de un segundo piso.

Llegué como pude hasta la puerta de mi apartamento.

Cuando me disponía a hacer entrar el llavín en la cerradura, se apagó la luz y fallé.

Tenía que ir de nuevo en busca de la llave automática; y debía hacerlo palando la pared.

En eso me di cuenta de que se abría una de las puertas del rellano. Se había establecido una ligera corriente de aire.

No me gustó aquello en la situación en que me hallaba.

Percibí un perfume agradable, oí el deslizarse de una persona, una mujer joven y de andar elástico.

Y se encendió la luz nuevamente. Ella había llegado a la llave cuando yo apenas había sido capaz de dar un par de pasos.

Oí la exclamación de sorpresa de ella. Y la oí decir:

—¡Cómo viene!

Pensé que iba a seguir toda una serie de recriminaciones acusándome de beodo o de drogadicto. O de ambas cosas a la vez.

Pero no. La chica se acercó a mí y tomó la llave que yo no había sido capaz de introducir en la cerradura.

Se trataba de una joven vecina a la que apenas si había visto un par de veces, aunque hacía más de medio año que vivía allí, en el mismo rellano que yo.

Yo sabía muy poco de ella. Únicamente que no coincidíamos a pesar de que me hubiese gustado coincidir.

Parece que ella sabía más de mí, porque dijo:

—No estaba de servicio y, sin embargo, se ha metido usted en algún lío.

Me hizo gracia.

Y mientras ella abría la puerta, le pregunté:

—¿Y cómo sabe usted que no estaba de servicio?

—Hace más de hora y media que ha terminado. ¿O no?

—Sí.

—Le estaba aguardando —dijo la chica.

—Si me aguardaba porque me necesita, temo que en este momento no le voy a poder ser útil...

—Puedo esperar... Yo le puedo ayudar a usted. Si aguarda un momento a que cierre mi puerta...

—No olvide su llave —recomendé.

Me alegré de haberlo dicho. Aquello suponía que había recobrado mi sentido de la realidad, el cual había llegado a perder algunos instantes durante mi viaje en el taxi y luego, cuando subía la escalera en la que había estado a punto de caerme un par de veces.

Mi recomendación hizo gracia a mi vecina, la cual volvió rápidamente a mi lado y me ayudó a entrar en casa.

Permití que me ayudase y hasta me apoyé en ella más de lo que necesitaba. Pero es que los atractivos de la chica lo merecían todo.

—¿Le curo? ¿En dónde está su botiquín? ¿O he de ir por el mío?

—No me abandone, por favor —dije en broma.

—¿Cómo le voy a abandonar si le necesito? —bromeó ella a su vez.

—Voy a meterme en la ducha. Una ducha más bien caliente,

particularmente al principio...

—¿Qué hago en tanto?

—Prepáreme una tónica con un poco de «gin», ya que es tan bondadosa. Y prepare para usted lo que sea de su gusto. Encontrará de todo, hasta algo de TNT.

Volvió a reír.

Sin embargo, había en ella algo que hablaba de una profunda preocupación que rayaba con la angustia.

Me metí en la ducha. Cuando salí al cabo de diez o doce minutos, me sentía bastante mejor, aunque no había cesado el dolor.

Ella me obligó a desnudar el busto y me puso unas tiras de esparadrapo en los lugares en que había recibido los golpes en los costados. Y yo me ocupé de mejorar ligeramente el aspecto del rostro.

Podría tener una fisura en una costilla. Conviene que mañana le vea un médico. Y si le hacen una radiografía, mejor que mejor.

No me había preguntado una sola palabra de lo sucedido.

Y yo preferí no hacer mención alguna al asunto.

—Si quiere preparar la cena, mientras cenamos, puede decirme lo que necesita de mí... Voy estando en condiciones de escucharla... — dije.

Capítulo II

OBSERVÉ a mi atractiva vecina mientras iba de un lado para otro preparando la cena.

Era morena, de un moreno claro que resultaba excitante. Y poseía unos ojos inmensos, de corte almendrado, claros, tan pronto grises como azules con reflejos verdosos y unos puntos dorados que le daban cierto parecido con los de un felino.

Y también su forma de moverse, elástica, graciosa, sin apenas hacer ruido, recordaba la de un felino.

Pero volviendo a los ojos: tenían un cerco oscuro que tan pronto se ensanchaba como se empequeñecía. Era un cerco de color cambiante y que reflejaba el estado de ánimo de la chica.

Ella se sentía observada, pero no se dejó ganar por el nerviosismo. Me gustó aquella seguridad, que tal vez fuese una de las determinantes más genuinas de su personalidad.

Por mi parte, me iba sintiendo mejor. Y tal vez, de no haber estado allí mi vecina, no habría cenado y me habría ido en busca de Mike Owens para machacarlo allá en donde le encontrase.

La linda morena y yo nos sentamos al fin frente a frente. Entre nosotros estaba la apetitosa y no muy abundante cena, a la cual atacamos casi furiosamente, como si quisiéramos demostrarnos que no pasaba nada, que vivíamos en el mejor de los mundos. Ella se presentó, diciendo:

—Me llamo Ivonne Brady...

—Lo sabía. Te he visto un par de veces y me atreví a interesarme por ti...

—Lo sabía —respondió ella a su vez—. Pero el trabajo para mí es agobiante en ocasiones. Y tú no has mostrado demasiado interés en encontrarme.

—También trabajo bastante. Y estudio...

—¿Para qué?

—Leyes. Quiero terminar en un año...

—¿Y después?

—Ya veremos. Tal vez me haré abogado de causas perdidas. O entraré en la fiscalía... —Todo puede resultar atractivo.

Asentí con un movimiento de cabeza y permanecí silencioso

esperando que ella plantease lo que parecía preocuparle.

—Trabajo en la oficina del señor Scott Robins. Soy su secretaria...

Yo había oído hablar mucho y bien de Scott Robins, un político independiente, honesto y, por tanto, con influencia que podía ser decisiva en muchos asuntos.

Aspiraba a senador y yo estaba seguro de que lo conseguiría. La campaña electoral debería comenzar a menos de un mes vista. Así que no me extrañaba que Ivonne tuviese trabajo hasta por encima de sus lindas cejas.

Se lo dije así y se echó a reír jovialmente. Pero inmediatamente volvió a su seriedad.

—Prosigue —pedí.

—Es que ahora viene lo difícil —respondió.

—No nos hemos reunido aquí para lo fácil.

—Tienes razón.

Recibí la impresión de que se encogía sobre sí misma. Y por un momento pareció la pantera dispuesta a saltar. Afortunadamente, yo no era su objetivo.

—Mi jefe está asustado —dijo.

—Tendrá sus motivos. Porque no me parece que sea de esos hombres que se asustan fácilmente.

—Eso es lo peor, porque significa que existe un motivo grave.

—¿Existe ese motivo?

—Es obvio... Y a ti te toca llegar al fondo de la cuestión... Con mi ayuda, naturalmente.

—¿Scott Robins te ha pedido que actúe? —pregunté.

—Está demasiado asustado para eso. Está amenazado, estoy segura.

—Pero él tiene una escolta personal. Bastante eficiente, supongo.

—Eso habría que verlo... Por otra parte, no creo que hayan pensado en matarlo. Muerto no les serviría para nada —fue la sorprendente respuesta de Ivonne.

—¿Quién sabe? Si les estorba...

Negó con la cabeza. Y dijo:

—No creo que el problema sea ése...

Mordió con apetito el bocadillo que sujetaba entre sus manos.

—Tienes unos dientes muy lindos —dije en tono frívolo.

Captó ella que yo hablaba así para tranquilizarla y correspondió, diciendo:

—Son para morderte mejor...

Ivonne era extraordinariamente atractiva. La miré a los ojos primero, a la boca después. Comprendió y sonrió, diciendo al fin:

—¿Quién sabe? Todo puede llegar. Eres un chico agradable.

Nos habíamos entendido. Así daba gusto.

—¿Qué pretenden? —pregunté.

—Colocar gente en puestos desde los cuales se pueden propiciar los más sucios negocios con las mayores ganancias...

—Así pues, piensas que le están haciendo chantaje...

—Para mí es evidente.

—¿A quiénes han colocado por el momento?

—Se produjo una vacante de arquitecto en el Municipio. Y han colocado en ella a Donald Gould.

Silbé admirativamente. Era un puesto delicado desde el cual, tal como Ivonne había señalado, se podían propiciar muchos y muy productivos «negocios», si no se actuaba con limpieza, naturalmente.

No conocía a Donald Gould, pues era un arquitecto sin demasiado relieve, a pesar de que no era ya un niño. En cuanto a su trayectoria, no era muy limpia aunque tampoco se le podía cerrar el paso con algo claramente, excluyente, según me informó Ivonne.

—¿Quién más? —pregunté.

—El doctor Clift Douglas. Ha ocupado un puesto en Sanidad, más importante que el del propio director...

Volví a silbar admirativamente.

Tampoco conocía a Clift Douglas, pero si Ivonne lo citaba, era por algo.

La atractiva morena prosiguió diciendo:

—Le temo más aún a Clift Douglas que a Donald Gould.

—¿Por qué?

—Es neurólogo... Parece que en su trabajo emplea técnicas que no se consideran demasiado ortodoxas, como son el hipnotismo, los alucinógenos y otras cosas que se trajo de Vietnam, en donde ha estado un par de años antes de que se diese fin a la dichosa guerra.

—¿Militar?

—No, médico civil. Parece que de Vietnam no solamente ha traído técnicas no usadas entre nosotros, sino dinero en abundancia y cuyo origen no parece muy claro. Y sobre todo, «contactos»...

Subrayó Ivonne, significativamente, la última palabra.

—¿Cuándo empezó todo? —pregunté.

—Hace escasamente un mes...

—¿Cómo...?

—Una mañana llegó a la oficina más tarde que de costumbre. Estaba pálido, nervioso, distraído... Y un poco asustado...

—¿Sabes si el teléfono del señor Robins está controlado?

—No creo que lo esté...

—Pero no estás segura...

—No.

—¿Se lo podríamos controlar?

—No me atrevería a hacer tal cosa por mi cuenta. Exclúyelo, al menos, de momento.

—¿Habla él por teléfono alguna vez tras haceros salir previamente? Porque no estará solo en su despacho privado.

—No creo que sus extorsionadores le llamen jamás por teléfono a su oficina, ni a la general ni a la privada.

—¿A su casa?

—Eso no lo sé. Cuando entra en su casa comienza su vida privada y su mujer la guarda con gran celo.

—Me parece bien...

Tras una corta pausa, dije:

—Así pues, piensas que todo comenzó una mañana en que llegó a su oficina más tarde que de costumbre. Estaba pálido y nervioso... Y un poco asustado.

—Exactamente.

—¿Ha hecho algún comentario?

—No.

—¿Ni siquiera cuando se han hecho los nombramientos de Gould y del doctor Douglas? —Ninguno.

—Tú eres persona de su mayor confianza...

—Tiene gran confianza en mí.

—¿Te has atrevido a hacerle alguna pregunta?

—Más de una vez. Siempre me responde que no sucede nada. Simplemente, que no se encuentra bien.

—¿No le has recomendado que vaya a ver un médico?

—No. Un amigo le mencionó a Clift Douglas... Y negó con una energía que me resultó sospechosa. Y reflejó miedo, mucho miedo.

—¿Quién era ese amigo?

—King Matews... Es el principal promotor de su campaña electoral y antiguo amigo. Seguidamente dijo:

—He acudido a ti porque sé que eres incorruptible. Y ya sabes que no puedes actuar oficialmente...

—Lo sé. Y eso tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Apenas si tendré libre el tiempo que me deja el servicio. Y es muy poco.

—La verdad es que no había pensado en ello. He tenido en cuenta tu honradez profesional y el hecho de que nos podamos ver sin ir a ninguna parte determinada, sin que nos espíen...

—¿Estás segura de que no te espían? —pregunté a la linda morena.

—No he notado nada hasta el momento —respondió con seguridad. Y preguntó luego— ¿Qué va a suceder? No había pensado en que estás muy ocupado...

Tras lo sucedido aquella noche, yo había pensado ya en dejar la policía. Porque en lo sucesivo no podría convivir con individuos como Mike Owens, al cual, por otra parte, pensaba zurrar:

Y no quería hacerlo perteneciendo al cuerpo.

Dije a Ivonne:

—No te preocupes. Pediré la excedencia... O simplemente, unas vacaciones. Me deben un mes de vacaciones —mentí.

—¿Y las vas a sacrificar por un desconocido como es para ti Scott Robins? —preguntó.

—Lo hago por ti y no lo considero un sacrificio...

—Eres un chico estupendo, tal como había pensado yo...

Habíamos terminado nuestra frugal cena. Ivonne me preguntó:

—¿Café? ¿O te desvela?

—Me desvela no tomarlo. Me desvela la soledad...

Ella comprendió la segunda parte de mi respuesta.

Pero no pareció dispuesta a ofrecerme la cura de su compañía.

Todo podría llegar, ¿no?

Tomamos café.

—¿No tienes ni idea del tipo de chantaje que le hacen?

—Ni idea... Su vida, al menos en lo que yo conozco, es intachable. Lo único que puedo decirte es que ya no siente el menor interés por la campaña electoral...

—Sin embargo, antes de esa fatídica mañana...

—Estaba entregado a su preparación, se sentía optimista...

Tras reflexionar, dije:

—Ya que no conviene intervenir su teléfono, al menos, procura sorprender conversaciones. Telefónicas o de *vis-á-vis*...

—Comprendido...

—Procúrame biografías lo más completas posible de Donald Gould, del doctor Clift Douglas y del propio King Matews...

—¿Piensas que King Matews puede estar involucrado en la maniobra?

—Pienso en que alguien que está muy cerca de Scott Robins está implicado en el asunto. Puede ser Matews, puede ser otro...

—Incluso yo...

—Incluso tú. Si eres tú, dímelo ahora que estás a tiempo —bromeé.

Me amenazó con uno de sus dedos.

Lo atrapé en el aire y lo mordisqueé, haciéndola respingar.

Pero mi maniobra no prosperó; y ella se puso de pie, dispuesta a irse.

Y me hice el sorprendido.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A mi apartamento...

—¿Sabes que corres peligro y que necesitas protección? ¿Y qué mejor protección que la mía?

—Creo que tienes razón. Y como deseo saber si soy capaz de defenderme por mí misma, voy a irme. Si me atacan, gritaré...

—Está bien. ¿Nos vemos mañana a esta misma hora y aquí?

—¿Y por qué no? Me cuidaré de la cena... —respondió, sonriendo, a la vez que abría la puerta de mi apartamento para dirigirse al suyo.

Capítulo III

LA sorpresa del capitán Pat Ryan, al día siguiente, fue grande cuando le entregué mi placa y con ella mi renuncia.

—¿Es que se ha vuelto loco, sargento Nick Foster? No acepto esa renuncia...

—Allá usted, señor. Yo, me largo...

—Perderá usted todos los derechos que ha adquirido...

—No lo ignoro...

—Pero usted tiene un magnífico porvenir en el cuerpo. Particularmente, cuando termine sus estudios de leyes...

—Me presentaré para trabajar en la oficina del fiscal. ¿No cree que también allí puedo tener un magnífico futuro?

Tardó en responder. Y cuando lo hizo fue para decir;

—Sí, seguro.

Se había fijado en las señales que ofrecía mi rostro, pero no había hecho mención a ellas.

Pero entonces volvió a mirar y preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Si se refiere a esto... Se había estropeado la luz en mi apartamento y tropecé. Nada grave, como puede apreciar.

—Está bien. Lamento que no tenga confianza en mí...

—Tengo confianza en usted, señor. Pero no puedo convivir con determinados gusanos.

Y me largo.

—Le han ofrecido un sobre...

—Sí...

—Denuncie a quien lo ha hecho. Se investigará...

—Tenemos una oficina para ese tipo de investigaciones, ¿no?

—Sí.

—Pues que trabajen. Si quieren, encontrarán a los que actúan cómoda, inconsciente o criminalmente...

Intuyó el capitán Ryan que yo no diría nada más.

Y dijo a su vez:

—Está bien. Siento la pérdida de un hombre como usted. Y le aseguro que forzaré una operación de saneamiento.

—Le deseo suerte, capitán.

—Gracias.

Se puso en pie, me tendió la mano, mano que estreché con afecto y emoción, y salí.

La puerta de la oficina en que se hallaba Mike Owens estaba abierta cuando pasé frente a ella. Se cruzaron nuestras miradas. Y recibí la sensación de que el tal Mike se burlaba de mí.

Aparte el capitán, no me despedí de nadie. Ni siquiera de la sargento Moore, una chica muy atractiva con la cual, fuera del servicio, había pasado agradables ratos.

Antes de salir tomé un par de impresos de los que se empleaban para solicitar una licencia para actuar como detective privado.

No había prisa en lograr tal licencia.

Después de salir de lo que había sido mi centro de trabajo hasta entonces, tomé un taxi. Y éste me dejó cerca del domicilio de Scott Robins.

Según sabía por los informes que me había dado Ivonne, el senador habría salido ya hacía su oficina. Y podría encontrar en casa a su esposa.

Yo iba de paisano.

Llamé a la puerta y cuando me salió a abrir un servidor de la casa, me identifiqué como policía, aunque avisando que no iba en misión oficial.

Consideré que era la mejor forma de actuar para ser recibido por la esposa del senador sin demasiada demora.

Y no me equivoqué. Cinco minutos más tarde me recibía la esposa de Scott Robins.

Fue una agradable sorpresa para mí, porque Norma Robins, Steel de soltera, era joven y agradable. No es que el senador fuese viejo; pero la verdad era que no esperaba encontrarme con una esposa tan joven.

Y lo que resultó más sorprendente. Ella también había estudiado Leyes, en el mismo colegio que yo. Pero con tres años de ventaja sobre mí.

No nos habíamos tratado jamás, pero nos conocíamos. Y así fue todo más fácil.

—¿Qué te trae por aquí, Nick? Bien, ya sabía que pertenecías al cuerpo de policía... —Termino de presentar mi renuncia, ésa es la verdad. Pero consideré que sería más fácil llegar hasta ti... Porque no tenía ni idea de que fueses tú la esposa del senador.

—Me casé con Scott cuando me faltaban aún dos años para terminar mis estudios. Pero jamás dije nada a nadie en el colegio. Así resultaban mejor las relaciones entre compañeros.

—Pues sí. Menos mal que no me dio por enamorarme de ti —bromeé.

—Creo recordar que eras bastante enamorado, es verdad. ¿Te has casado?

—No...

—¿Y bien? ¿Necesitas que Scott te eche una mano en algo?

—Pues no, la verdad, no se trata de eso...

—Cómo has presentado tu renuncia en la policía, pensé que querías entrar en Fiscalía... —Quizá, con el tiempo...

Hice una pausa. Y pregunté luego, de improviso:

—¿Qué le sucede al senador? Hay quien piensa que está enfermo...

Norma dio la impresión de que se ponía en actitud de alerta. No reflejó la mínima emoción a pesar de que había intentado sorprenderla.

Y preguntó a su vez:

—¿Has venido a preguntarme eso?

No respondí a su pregunta. Y dije, como si no la hubiese oído:

—Le voté en las últimas elecciones y pienso volver a votarle. Soy uno de sus seguidores...

—Gracias en su nombre...

—Le veo con frecuencia, aunque desde lejos. Y tengo la impresión de que no es el mismo. Tal vez esté cansado, enfermo...

Tardó en responder:

—Sí, pienso que ha cambiado... No se queja de nada, pero parece irritable, algo que va en contra de su forma de ser normal... Sin embargo, no está enfermo, lo sé. Al menos, de alguna de esas dolencias que son corrientes...

—¿Cómo se ha producido ese cambio en él, Norma? ¿Ha sido de manera paulatina o fue algo repentino, radical...?

—¿Por qué me haces esa pregunta? ¿A qué has venido, Nick?

—A interesarme por el senador. A ayudarle si lo necesita...

Norma tardó en responder de nuevo. Y dijo lentamente:

—No quiere ayuda, dice que no la necesita. Yo podría ayudarle, lo he hecho en otras ocasiones, incluso antes de casarnos; pero ahora...

—¿Fue un cambio repentino? ¿Así, como de la noche a la mañana? —insistí.

Tardó en responder. Y asintió:

—Sí. Fue un cambio repentino. Algo así como de la noche a la mañana.

La voz de Norma sonó opaca, sin inflexiones, casi como un eco de la mía.

—¿Hace poco más de un mes? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero como lo veo frecuentemente tengo una idea aproximada de cuándo se produjo ese cambio. —Seguidamente pregunté

—: ¿Y cómo fue?

Norma me miró a los ojos. Recibí la impresión de que se sentía desconcertada.

Y hube de repetir mi pregunta.

La respuesta llegó al fin:

—Una noche telefoneó que no le esperase a cenar...

—¿Y eso es normal, es frecuente?

—No. Sucede que a veces se reúne a cenar con amigos, con colaboradores, con otras personas. En tales casos me avisa con tiempo y, o bien viene a recogerme, o acudo yo y nos reunimos en el lugar de la cena.

—Y aquella noche no te pidió que acudieses.

—No. Dijo que había surgido de improviso. Fue todo un poco extraño. Recibí la impresión de que me ocultaba algo, de que estaba nervioso.

—¿Qué más?

—Teníamos que haber cenado normalmente en casa; y hube de cenar sola. Luego esperé, pero inútilmente.

—¿No volvió a telefonear para tranquilizarte?

—No. Y me acosté rendida y, más que rendida, nerviosa, cuando eran ya más de las dos de la madrugada.

—¿A qué hora volvió?

—No lo sé, no le oí entrar; pero debió ser tarde, muy tarde, porque yo, aunque en la cama, estuve despierta hasta más de las tres.

—¿No entró a vuestra alcoba?

—No. Pasó a la habitación que ocupan los invitados cuando hay alguno.

Hizo Norma una pausa. Y consideré que no debía apremiarla.

Al fin, prosiguió:

—Él se levantó antes que yo. No estoy segura de que hubiese podido dormir... Estaba en la ducha. Y cuando salió de ella observé que se había operado ya el cambio.

—¿No te ha dado explicación alguna sobre adónde fue, en dónde pasó la noche?

—No. Ni una justificación, ni una explicación... A veces rehúye mi mirada. Particularmente, sucedió en aquellos días...

—¿Has interrogado a alguno de los hombres de su escolta?

—He pensado que no debía hacerlo. Soy muy celosa de mi intimidad y la de Scott...

Tras un corto lapso de silencio, prosiguió diciendo, como justificándose:

—Por otra parte, no creo que pudiesen decirme gran cosa.

—Cierto... ¿En su ropa había rastros de diversión? Olor a bebida, algún confeti...

—No, nada de bebida. Si acaso...

—¿Si acaso, qué...? —apremié al notar que ella no proseguía.

—Me da vergüenza decirlo... Un fino y penetrante perfume... Si, en la ropa interior de que se despojó...

—Pero a él no se le conoce ninguna aventura amorosa. Ni siquiera por pura frivolidad... —En absoluto...

Tras reflexionar, dije:

—Es lástima que entonces no le hubieses acosado a preguntas hasta hacerle hablar. Ahora resultaría absurdo...

—¿Qué sucede, Nick?

Consideré que debía ser sincero con ella hasta cierto punto y le dije:

—Tal vez le han hecho cometer algún acto poco honesto, al menos en apariencia. Y lo están extorsionando.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Precisamente el cambio que se ha realizado en él.

Y también el hecho de que haya aceptado para ciertos puestos de la administración a hombres como el arquitecto Gould y el doctor Clift Douglas...

—No sé qué decirte...

—No es necesario que digas nada, ahora... Abre bien los ojos. Observa, escucha... Procura mostrarte normal y comprensiva con él.

—Me está costando algún trabajo, pero actúo así...

—¿Cómo reacciona cuando te muestras cariñosa?

—Yo diría que se enternece, que sufre...

—Magnífico. Aprieta en ese sentido. Tal vez provoques una confesión: Él se sentiría liberado aunque fuese solamente en parte... Y yo podría trabajar mejor...

—Creo que te comprendo...

Norma pareció animarse. Yo reflexionaba. Y dije aún— —Tal vez convenga que le hables de mí...

—¿Para la Fiscalía?

—No. Para poder estar cerca de él. Y con el máximo de libertad de movimientos...

Fue Norma la que pensó en aquella ocasión. Y dijo al fin:

—¿Te convendría un puesto en el grupo que realiza la campaña de propaganda?

La verdad es que pensé en Ivonne. Aquello me permitiría estar cerca de ella también. Y sería como matar dos pájaros de un tiro.

—Es una buena idea... —dije.

—Le hablaré al mediodía, tanto si viene como si me llama para

reunirme con él. ¿Te puedo telefonar a algún sitio?

—Puedes telefonar a mi apartamento a partir de las ocho y media de la tarde —dije.

—De acuerdo. Le diré que estás sin empleo... Sin mencionar que has pertenecido a la policía. No tengo por qué saberlo.

—Yo no te lo he dicho.

Se levantó al mismo tiempo que yo. Me pareció que estaba bastante más animada.

Me tendió su mano derecha y se la estreché con afecto y respeto, como a una hermana mayor, pero que necesita protección.

—Hasta pronto...

Luego me acompañó hasta la puerta.

Todo parecía normal a nuestro alrededor. Y puede que lo fuese.

Aunque no logré ver al sirviente que me había abierto la puerta y había anunciado mi visita a Norma.

Capítulo IV

IGNORO aún cómo sucedió; pero el caso es que Mike Owens, al cual había ido a esperar, se me escurrió prácticamente de entre las manos.

Le había visto salir y dirigirse hacia un bar que frecuentaba y que estaba cerca de la oficina.

Pero no llegó a él, seguro. Se había desvanecido en el camino y luego fue inútil que le buscara.

Le estaba buscando cuando llegó a mi lado la atractiva Neil Moore. Mejor dicho, el sargento femenino Neil Moore, puesto que iba de uniforme.

—Tenía ganas de echarte la vista encima —dijo.

—Pues éste no es un buen lugar. Hay poca luz. ¿Me invitas o te invito? —pregunté señalando el bar.

—No me gusta entrar en un lugar de éstos yendo de uniforme.

—Te lo puedes quitar.

—¡Claro! Sería todo un espectáculo, porque con este calor que empieza a hacer, apenas llevo nada debajo de él.

—Pero lo que llevas lo llevas muy bien...

—No seas cara... Claro que lo llevo bien y tú lo sabes mejor que otros, ¿no?

—Confieso que sí...

—Pues ahora estoy comprometida, lo siento... ¿En dónde te dejo? Porque es inútil que aguardes a Owens. Salió ya.

—Lo he visto...

—Y se te ha ido de entre las manos...

—Pues sí.

—Otro día será. Ten cuidado, porque ése es de los que ensucian aquello que toca...

—Lo sé. ¿También te ofreció un sobre?

—No se atrevió... Lo tuyo ha sido una provocación. Seguramente pensó que ibas a reaccionar de la forma infantil que lo has hecho.

Confieso que Neil me sorprendió un poco.

Ella se había situado al volante mientras conversábamos y yo me senté a su lado.

Se me ocurrió darle la dirección de la oficina de propaganda de Scott

Robins, en la cual estaría trabajando Ivonne. Sorprendería a ésta.

—¿Así pues, consideras que mi reacción ha sido infantil?

—Sí. Él quería que salieses del cuerpo. Y lo ha conseguido.

—¿Piensas que mi marcha le beneficia?

—Ahora te será más difícil fiscalizar su comportamiento.

—No me preocupa su comportamiento. No me he ido por él, sino por todos los que son como él. Y hay demasiados.

Hablé seriamente hasta el punto de que logré impresionarla.

—En eso te doy la razón... ¿Pedirás el reingreso?

—No. Tengo un empleo... Y más adelante trataré de entrar en la oficina del fiscal...

—¿Así pues, no hay solución? ¿Nos abandonas?

—Al contrario. Trataré de ser un refuerzo. ¿Me harás un favor?

—Ya sabes que estoy dispuesta a hacerte todos los favores que se pueden hacer dignamente a un amigo y compañero.

Lo dijo en un tono que no ofrecía lugar a dudas.

Y guiñando un ojo añadió:

—Incluso aunque hubiese de dar plantón al amigo que me espera.

—Te lo agradezco de verdad, pero hoy no es posible por el trabajo...

—No sabía que tuvieses trabajo.

—Lo tengo. Y nada fácil...

—Bien, tú dirás.

—Anoche, Owens me destacó tres pandilleros para que me machacasen. Pude yo más que ellos...

Neil me miró reflejando viva admiración. Y presionó con su mano libre sobre mi hombro izquierdo.

—Te creo.

—Sin embargo, tuve que huir porque llegaba otro, me pareció que iba armado y yo estaba ya al límite de mis fuerzas.

—Sí, es lógico...

—Me gustaría localizar a esos fulanos. Para ello, no estaría de más que vigilaras —en lo que te sea posible—, los movimientos de Owens. Yo trabajaré por otro lado.

—¿Estás seguro de que fue cosa de él?

—No lo puedo probar; pero la cosa vino a raíz de haberme negado a aceptar el sobre... Mi atractiva sargento dijo tras breve reflexión:

—Sí, tiene que haber sido cosa de él. Le vigilaré de cerca. Tengo bastantes posibilidades...

Nos despedimos. Y mientras Neil seguía con su coche, yo me acerqué a pie a la puerta de la oficina electoral de Scott Robins. Ivonne no podía tardar en salir.

Y aunque tal vez no conviniese que nos viesen junios, me sentía con

ganas de sorprenderla y estar a su lado.

De improvisto me sacudió algo. Había visto dos hombres que descendían de un auto que estaba detenido en la acera opuesta.

No les podía ver las facciones con la luz más bien escasa, y también a causa de la distancia. Pero sus movimientos me resultaron familiares.

Eran dos de los que me habían atacado la noche anterior.

Me refugié rápidamente en una zona que quedaba en la sombra. Y me dispuse a esperar.

En el auto del cual habían bajado, quedaban otros dos hombres. Uno de ellos, al volante.

Los dos individuos cruzaron la calle sin prisa y fueron a situarse junto a otro automóvil que se hallaba aparcado. Y uno de ellos se apoyó en el coche como si se tratase del suyo.

Poco después aparecieron en la puerta de la oficina Ivonne y un hombre joven, de pelo rizado y mediana estatura.

Una vez afuera, en la acera, cambiaron los dos un apretón de mano. Y mientras el acompañante de Ivonne se encaminó hacia uno de los coches aparcados, mi atractiva vecina se dirigió hacia aquel junto al cual se habían situado los dos individuos de la noche anterior.

Los dos fulanos a su vez, tan pronto ella salió, habían realizado un ligero desplazamiento que los había situado a la otra parte del coche, tapándolos a la vista de Ivonne.

Llegó ella sin mostrar el mínimo recelo.

Había sacado del bolso las llaves del coche y abrió éste.

Y en el mismo instante, uno de los hombres se situó a su lado en actitud amenazadora. Intentó revolverse Ivonne y el hombre la empujó hacia el interior del coche. Mientras tanto, el otro daba la vuelta para entrar en el vehículo por la parte contraria.

Yo no podía oír lo que decían. Y la verdad es que tampoco me hacía falta.

Comencé a actuar deslizándome de manera sigilosa hasta situarme junto al que se ocupaba directamente de Ivonne.

Llegué hasta él sin que se diese cuenta y le asesté un golpe con el canto de mi derecha en las vértebras cervicales.

Y el fulano se desplomó de bruces, golpeando con la cara, primero en el auto y luego en el suelo.

El otro individuo me descubrió entonces y trató de lanzarme a la cara la portezuela del coche.

Esquivé con ágil salto a la vez que detenía la portezuela con la izquierda.

Y apenas me hube afianzado tras el salto, desplazé mi puño derecho, volcándome materialmente en el golpe.

Chocó mi puño contra la barbilla del pandillero, siguió un leve

crujido de huesos y el hombre salió proyectado de manera violenta hasta caer al suelo, en el cual quedó inmóvil tras dar una voltereta.

Me volví contra el otro por si se había recobrado; pero no, estaba inmóvil, como muerto.

Dirigí la mirada hacia el coche que los había llevado hasta allí.

Visto el rotundo fracaso de sus dos compinches, los individuos que habían quedado en el auto habían puesto éste en marcha e iniciaban ya su salida dispuestos a perderse entre el tráfico de la ciudad.

Era inútil que tratase de alcanzarlos a pie.

Así es que empujé a Ivonne y fui yo quien se situó tras el volante.

Comprendió ella y me dio la llave de contacto.

E instantes después emprendíamos la persecución de los fugitivos, los cuales, desgraciadamente, nos llevaban bastante ventaja.

Yo conocía bien el modelo de coche que llevaban y hasta me había fijado en la matrícula.

Por otra parte, había poco movimiento de autos y la persecución no se hacía difícil.

Una vez en marcha pregunté a Ivonne:

—¿No llevas servicio de radio teléfono?

—No. No me sirve y resulta caro.

—Pues ahora nos vendría de perlas.

—No podía imaginar una cosa así...

Un semáforo en rojo permitió una aproximación al coche perseguido.

Pero antes de que llegásemos a él había ya luz verde y los perseguidos habían salido disparados.

Por mi parte no tenía ni idea de si ellos se habían dado cuenta de que habíamos logrado acortar distancias.

Y a poco fueron ellos los que lograron distanciarse pasando un semáforo cuando ya estaba en rojo.

Tuve que frenar.

Y faltó poco para que ellos fuesen arrollados por los que cruzaban ante nosotros.

A pesar de que los pandilleros se habían alejado bastante, seguí adelante. Pero las cosas se pusieron en contra mía y pocos minutos más tarde hube de abandonar la persecución.

Había tomado nota mentalmente de la matrícula del coche y la anoté, tras haber cambiado impresiones con Ivonne, la cual se había fijado también en la matrícula. Y habíamos coincidido.

—¿Puede servir de algo? —preguntó ella.

—Puede que sí y puede que no. Ese coche puede haber sido robado hace media hora o una hora... Se roban muchos coches, demasiados...

—¿Qué hacemos ahora?

—Volver. Tal vez hayamos tenido suerte y alguno de esos fulanos haya sido detenido.

Maniobré y deshicimos el camino que habíamos hecho en persecución de los dos indeseables.

Y cuando llegamos frente a la oficina del senador, vimos que había en ella policía y un grupo de curiosos.

Dejamos el auto, cruzamos la calle y nos acercamos al lugar en donde se había producido el intento de secuestro.

Al frente de la policía se encontraba el oficial David Wyman, el cual había sido compañero mío hasta hacía muy poco tiempo.

—¿Qué hay? —le pregunté tras abrirme paso entre los curiosos.

—Un hombre muerto. Y lo particular del caso es que nadie ha visto nada, nadie sabe nada.

Esperaban una ambulancia y habían tapado el cuerpo con una manta. Alcé la parte correspondiente a la cabeza. Y reconocí al segundo de los individuos que había golpeado.

—¿No había otro con él?

—No, no había nadie.

—¿Quién os avisó?

—Patrullábamos, oímos gritar a una señora que ha— oía tropezado con el cuerpo. Han tenido que atenderla, porque, además de vieja, está mal de visión... Y al tropezar, cayó sobre el cadáver.

—¡Pobre mujer!

David Wyman y yo, junto con Ivonne, nos habíamos hecho a un lado.

Miré hacia el lugar en donde tenía el coche el compañero de Ivonne. El lugar estaba vacío.

Sin embargo, él tenía que haber visto algo, puesto que el ataque a la chica se había producido cuando él no había tenido ocasión ni de subir a su auto.

—¿Qué sabes de esto? —me preguntó Wyman.

—Fui yo quien golpeó a este fulano y a otro que iba con él. Intentaron secuestrar a la señorita Brady en su mismo coche.

Le referí a grandes rasgos lo sucedido.

Y añadí:

—Estos dos me atacaron anoche... Sin embargo, no creo que esto de hoy tenga nada que ver con lo de ayer. Ellos ignoraban que yo pudiese estar por aquí.

—¿Por qué han intentado secuestrarla? —preguntó Wyman a Ivonne.

—¿Quién puede saberlo? Soy una pieza de cierta importancia en la campaña electoral del senador Scott Robins. Se presenta a la reelección. Y parece que hay a quien la cosa no le gusta.

—¿A quién?

—¿Qué ideas tiene usted sobre política, teniente? —preguntó Ivonne a Wyman.

—Sobre política pienso que es necesaria y buena. Pero no opino lo mismo de ciertos políticos... —replicó Wyman cautamente.

Intervine yo para decir:

—Has puesto el dedo en la llaga, David. Y ahora piensa en la cantidad de gente turbia que se mueve en torno a ciertos políticos...

—Sí, claro...

Se acercaba la ambulancia a juzgar por el ruido.

Wyman se dispuso a despedirse de Ivonne y de mí.

Y me dijo:

—Pondré que ha debido morir por accidente. No creo que nadie te vaya a acusar. Por otra parte...

—Gracias, David. Me evitas molestias. Y yo ahora, necesito mi tiempo.

Wyman prosiguió diciendo:

—Como tengo este sector, patrullaré por aquí con frecuencia. Y hasta pondré una discreta vigilancia...

Tanto Ivonne como yo volvimos a dar las gracias a Wyman. Y éste hubo de incorporarse a su trabajo. Con los de la ambulancia, llegaban los de la oficina del fiscal.

Capítulo V

ME molestaba una idea: Que el compañero de Ivonne no se hubiese enterado de nada; porque era lo que daba a entender su conducta.

Y dije a Ivonne:

—¿Qué me dices de ese compañero tuyo? El que salió contigo de la oficina...

—Un buen muchacho. Un poco asustadizo...

—Si es un poco asustadizo, eso le justifica.

Tras un lapso corto de silencio, dijo Ivonne:

—La verdad es que también yo he pensado en él. Su comportamiento ha sido, digamos que poco satisfactorio.

—¿Podríamos encontrarlo ahora?

—Supongo que sí. Vive con sus tíos, a cosa de veinte minutos de aquí. ¿Crees que puede decirte algo que sea útil?

—Tiene que haber visto lo sucedido, por despistado que sea.

—No tiene nada de despistado... Bien, vamos.

Nos dirigimos al coche de Ivonne, pero en esta ocasión fue ella quien se puso al volante.

Y marchamos casi en la misma dirección en que habían huido los dos pandilleros, hasta el punto de que Ivonne comentó:

—Si lo hubiésemos pensado antes...

—Pero lo hemos pensado después...

Al cabo de unos veinte minutos dijo la linda morena:

—Ya estamos cerca. Es allí... Aquél es su auto.

Lo recordaba también. El auto de Lynn Richard estaba estacionado casi frente a su casa. E Ivonne detuvo el suyo detrás.

Para ello hubo de pasar frente a una taberna. Y yo miré instintivamente hacia el interior de la misma.

—¡Ahí los tengo! —dije con expresión que reflejaba la excitación que sentía.

—¿A quiénes? —preguntó Ivonne.

—Al fulano que intentó secuestrarte y a Mike Owens.

Salté del coche cuando la chica no había tenido tiempo de detenerlo. Y corrí en dirección a la puerta de la taberna, como si temiese que alguno de los dos fulanos se me pudiesen escapar.

Al entrar en el establecimiento tropecé con cierta violencia y estuve a punto de derribar a un individuo.

Lo aparté a un lado no sin cierta brusquedad. Y en el mismo instante lo reconocí también a él: se trataba de Lynn Richard, el compañero de trabajo de Ivonne. Sí, el mismo que la había acompañado a la salida de la oficina.

Me interesaba el tal Lynn Richard; pero me interesaban bastante más los otros dos.

Y penetré en la taberna, plantándome rápidamente entre Owens y el otro fulano.

Yo iba armado. Y dispuesto a emplear el arma.

Y esto fue algo que intuyó Owens cuando dije en tono amenazador: —Al que se mueva de los dos le hago saltar los sesos.

El fulano que hablaba con Owens ofrecía en el rostro señales de la violencia sufrida no hacía mucho.

Owens respiró hondo y dijo al cabo, después de resoplar:

—Temo que te has vuelto loco, Nick.

No le quise contradecir, y me burlé, diciendo:

—Puede... Lo cual sería una buena eximente en el caso de que te matase. Otra eximente sería el hecho de que me has querido sobornar. Y tengo testigos de ello...

El otro individuo, que no me había visto aquella noche, aunque debía suponer que era yo quien le había golpeado, y que debía recordar cómo lo había frenado la noche anterior, me miraba con expresión que reflejaba el profundo pánico que sentía.

—¡Estás loco! —repitió Owens.

—Puede. Pero no soy una piltrafa indeseable como tú —respondí.

Seguidamente propuse:

—¿Vamos afuera? Si no habéis pagado, pagad. Puede que cuando salgáis de mis manos no estéis en condiciones de hacerlo.

No había apenas gente en la taberna. Y la que había, estaba en sus cosas, no se preocupaba de lo nuestro.

Por otra parte nuestro comportamiento hasta el momento era mesurado, no había estridencia.

Owens cambió una mirada de entendimiento con su compinche. Y dijo a éste:

—Pagaré yo.

Se movió Owens con lentitud, dejándose ver para confiarme. Su compinche permanecía estático.

De pronto éste desplazó la banqueta en que se apoyaba, lanzándomela a las piernas para hacerme caer.

Y Owens cambió la mano de dirección, para ir en busca de su pistola.

Salte de costado esquivando la banqueta, la cual aferré cuando pasaba por mi lado.

Giré cuando tuve la banqueta en la mano y alcancé a Owens de lleno, golpeándole de manera violenta en el rostro.

Salió lanzado hacia atrás a la vez que aullaba de dolor, y saltaba por el aire la pistola que había logrado desenfundar.

Alancé inmediatamente al otro fulano, a pesar de que él trató de esquivar.

El golpe le llegó cuando iba por el aire y el efecto fue fulminante pues cayó sin sentido, sangrando abundantemente por la boca, de la cual saltaron dos de sus dientes, rotos, como si fuesen de yeso.

Owens había evitado la caída gracias al mostrador, el cual lo detuvo.

Por mi parte, le arrojé la banqueta a las piernas, haciéndolo aullar de nuevo a causa del dolor.

Y antes de que se repusiera del mismo, ya había tomado del suelo su pistola, la cual retuve en mi diestra, pero sin apuntarle, manteniendo el cañón con la boca de fuego hacia el suelo.

Alcé la banqueta, la cual no había sufrido desperfecto alguno, según pude comprobar.

Las conversaciones se habían cortado en el establecimiento y por unos instantes no se oyó más ruido que el producido por un grande y viejo reloj de pared.

Me dirigí a Owens para ordenarle:

—Vamos para afuera. Aquí no tienen culpa alguna de nuestros desacuerdos. Toma esa basura y sácala también.

Dejaron de mirarnos y volvieron a reanudarse las conversaciones.

Owens me obedeció y sacó al exterior a su compinche, al cual tomó por las axilas, tirando de él.

Una vez en la calle me di cuenta de que el otro fulano se hallaba con Ivonne, la cual había bajado de su coche.

Y entonces ordené a Owens:

—Vamos hacia allá.

Cuando llegamos a donde estaban Ivonne y el del pelo rizado, dije a la chica:

—¿Qué te ha contado ese pajarito?

—Ha tratado de escurrirse, no me quería ver... Luego me ha dicho que ese otro fulano le obligó a que lo trajese hasta aquí...

—¿Y tú lo has creído?

—A medias. El fulano le pidió que lo trajese aquí. Pero nada de obligación. Este cerdo es un traidor —acusó Ivonne.

Me hizo reír la hiriente ironía con que mi joven amiga se había manifestado.

—¿Qué hacemos con él? —pregunté a Ivonne.

—Que no vuelva a aparecer en la oficina porque lo patearé. Y pensar que fui yo quien le dio la colocación...

—¿Piensas que tuvo algo que ver con el intento de secuestro? —pregunté a la chica.

—Seguro que sí. Yo quería haber salido esta noche media hora antes y él me entretuvo. Primero me enredó con tonterías. Luego, de pronto, me apremió para que saliésemos...

Lynn Richard palideció ligeramente al escuchar la acusación. Y comenzó a hablar tratando de desmentir a Ivonne.

Esta, enfadada cuando Lynn para disculparse, rayó el insulto, le atacó de improviso, asestándole dos bofetadas que lo hicieron tambalear.

Trató Lynn de devolver golpe por golpe y la linda morena hizo un derroche de energía, asestando un rodillazo a su desleal compañero en la zona baja del vientre.

Se dobló el individuo acusando el golpe y la chica hizo entrar de nuevo en acción una de sus rodillas, con la cual golpeó el rostro de Lynn.

El del pelo rizado, bien tocado, cayó de rodillas, sangrando abundantemente por boca y nariz.

Owens no se atrevió a hacer nada por Lynn.

En cuanto al otro fulano, que había logrado sentarse, se limitó a contemplar la escena reflejando en su rostro el miedo que experimentaba.

Ivonne habló duramente a Lynn Richard una vez lo tuvo vencido a sus pies.

—Te vas a perder de vista, Lynn Richard. Vuelve a tu pueblo o vete al Oeste porque aquí no tendrás tranquilidad si te quedas. ¡Largo!

El maltratado granuja no se hizo repetir la orden. Se puso en pie y caminó en dirección a la casa en donde vivía, en el interior de la cual desapareció.

Eliminado Lynn, cacheé cuidadosamente a Owens. E hice otro tanto con su compinche, al cual libré del peso que significaban un cuchillo automático, una pistola y su correspondiente silenciador.

—¡Vaya! Es todo un arsenal; ¿tienes licencia? —pregunté.

En lugar de responder, el hombre bizó. Y luego volvió a dejarse caer de bruces, quejándose lastimeramente.

De acuerdo en que el golpe le tenía que doler; pero aquella especie de comedia me dio asco. Y sin poderlo evitar le asesté otro golpe en la cabeza, golpe que lo dejó fuera de combate, durmiéndolo para un buen rato según comprobé.

—¿No lo habrás matado? —preguntó Ivonne, asustada.

—No tendrá esa suerte, porque lo que venga más tarde va a ser peor. Vigílalo mientras converso con Owens.

Mientras hablaba aparté al fulano para que no estorbase y no resultase demasiado visible a los pocos peatones que transitaban por allí.

Y a indicación mía, Ivonne volvió al refugio de su coche.

—Pon el motor en marcha y estáte preparada para salir —le recomendé.

Me obedeció, mientras yo empujaba a Owens, al cual obligué a entrar en un sucio solar situado junto a la taberna.

Una vez en tal lugar, le dije:

—Pierde la esperanza de que te mate. Me voy a limitar a machacarte. Fue lo que «ésos» intentaron hacer ayer conmigo, ¿no?

—¿Por qué esa manía? No te he hecho nada, y tú ya me has dado bastante. No tengo ni idea de lo que intentaron hacer contigo ayer...

—¡Claro! Ni idea. Era justo lo que yo pensaba: Que estabas mal de la memoria. Por eso te has burlado cuando te considerabas seguro en tu oficina. Y te has escabullido apenas te has dado cuenta de que te esperaba esta tarde...

—Bien. La verdad es que te he visto, pero no tenía ni idea de que me esperases...

—Eres el granuja más inocente que he conocido —le espeté.

Y seguidamente le atacé con la diestra, abofeteándolo a derecho y revés hasta que, incapaz de esquivar ni de sostenerse en pie, cayó al suelo.

Una vez en él intentó aferrarme por una de las piernas y tras un leve salto mío esquivando, le aticé en la boca con la puntera de mi zapato derecho.

Aulló de manera espeluznante y se encogió de forma inverosímil, tratando de protegerse la cara y cabeza con manos y brazos.

Y atacé entonces a la altura de sus riñones, obligándolo a saltar.

Se alzó y echó a correr, pero antes de que pudiese alejarse, alargué una de mis piernas y lo zancadilleé.

Volvió a caer de manera violenta, dando de bruces contra el suelo.

Una vez en él quedó inmóvil, aunque yo sabía que no había perdido el conocimiento. Pero debía considerar que su inmovilidad era la mejor actitud para no provocar mi violencia.

—Esto es solamente un aviso, Owens. Abandona la policía o, si te quedas en ella, procura ser digno del buen nombre que dejó tu padre. Olvida los sobornos... Y, sobre todo, no me provoques, porque habrás llegado a tu final. Y quien avisa, no es traidor...

No respondió, aunque yo estaba seguro de que me había oído y entendido perfectamente.

Me separé de él para ir hasta donde se hallaba el otro fulano. Y sin

miramiento alguno lo arrastré hasta dejarlo junto a Owens.

Al lado de ellos, debidamente descargadas, dejé las armas.

Y me alejé, llegando hasta donde se hallaba Ivonne, junto a la cual tomé asiento.

—Cuando quieras... —dije.

—¿No querías hablar con Lynn Richard? No ha salido aún...

—Tengo la impresión de que va a resultar totalmente inútil. Y por el momento me he cansado de zurrar...

—Espero que no lo habrás matado...

—Pues no, no lo he matado. Esa clase de fulanos me da tanto asco que incluso les pego con miedo a mancharme... —dije.

Ivonne me respondió con una leve risa.

Y puso el automóvil en marcha, tomando la dirección del edificio en el cual teníamos nuestros apartamentos.

Capítulo VI

UNA vez arriba, antes de abrir, dijo Ivonne:

—Esta noche toca cenar en mi apartamento.

—¿Por qué?

—Anoche corrió la cena a tu cargo.

—Pues traes de tu casa lo que te parezca mejor y cenamos en mi apartamento. Podrían llamarme por teléfono...

—¿Alguna amiga?

—Una antigua conocida mía y tal vez amiga tuya —respondí.

No había tenido ocasión de hablarle de mi entrevista con Norma Robins. Al escucharme Ivonne me miró entre sorprendida y desconfiada.

Y me acerqué a ella para decirle:

—Se trata de Norma Robins. Quedamos en que me llamaría sobre las ocho y media... —No tenía ni idea de que la conocieses. No me habías dicho nada.

—Tampoco yo tenía idea de ello... Vamos, pasa y mientras confeccionamos la cena te lo explicaré todo. Ya pagarás mañana tú...

—Está bien...

Había podido en Ivonne más la curiosidad que su estricto sentido del compañerismo.

Y entramos los dos en mi apartamento, no sin tomar ciertas precauciones.

Ya saben ustedes cómo se allanan moradas sin miramiento alguno y cómo le colocan a uno pequeños espías por medio de disimulados micrófonos.

Afortunadamente, al menos, no había nadie aguardando.

Lo cual me permitió cierto relajamiento. Necesitaba descansar.

Pero la tranquilidad duró poco. No tardó en repiquetear el avisador telefónico. Y acudí rápido a tomar el aparato.

Para ahorrar tiempo me di a conocer inmediatamente. Presentía algo que podía ser grave. Sí, una corazonada; pero soy hombre de corazonadas.

En respuesta, casi interrumpiéndome, llegó la voz de Norma. Se podía apreciar en ella una mal contenida angustia:

—Soy Norma, Nick...

—Te he conocido. ¿Qué sucede?

—Tengo miedo. Me quedé sola, se marchó la servidumbre. Pero estoy segura de que alguien ha entrado, se ha colado...

—Voy enseguida. Y toma un arma si tienes alguna. No vaciles en emplearla...

Guardé silencio al darme cuenta de que a la otra parte del hilo telefónico se estaba produciendo algo anormal.

Me llegó un leve ruido gutural. Recibí la sensación de que estaban tratando de impedir que Norma pudiese seguir hablando.

Se escuchó asimismo ruido producido por un forcejeo.

—¡Norma! —llamé.

Sabía que era inútil, que no obtendría respuesta.

Y antes de que yo cortase, la comunicación fue cortada desde el otro teléfono. El ser que lo hizo se producía con seguridad, pero sin violencia, con dominio de la situación.

No había tiempo que perder y me volví hacia Ivonne, la cual a su vez se había acercado a mí.

—No hay tiempo que perder. Vamos.

—¿Adónde?

—A la casa del senador.

Salimos rápidamente. Y cerré de forma que, al regreso, si alguien hubiese intentado abrir, me daría cuenta inmediatamente.

Poco después volábamos materialmente en dirección a la casa de Scott Robins, sin preocuparnos demasiado por infracción de tráfico más o menos.

Afortunadamente la circulación motorizada era escasa y pudimos «tragarnos» algunos semáforos en rojo, no sin jugarnos el físico en algunas situaciones.

Ivonne, a mi lado, en más de una ocasión hubo de contener la respiración.

Y respiró aliviada cuando llegamos frente a la casa de Scott Robins. Ni una luz hacia el exterior. Pero estaba encendido el farolillo de la puerta de entrada.

Nos acercamos a ésta. Y no tardé en comprobar que solamente estaba entornada.

Yo había tomado la lámpara de pilas. La encendí, desviándola de mi cuerpo como mera precaución, y adelanté audazmente.

Ivonne, que había entrado detrás de mí, cerró la puerta a sus espaldas.

Y más tarde, a una indicación mía, encendió una luz primero, otras después.

Llegamos hasta el gabinete en donde Norma solía aguardar a su

marido. Todo en orden. El teléfono en su sitio, ninguna señal de violencia.

Ivonne llamó mi atención sobre un cojín que se hallaba fuera de su lugar habitual.

Pude apreciar que había sido humedecido ligeramente en un punto, como si hubiese sido empleado para ahogar la voz de alguien.

Y se lo hice notar a Ivonne, a la cual prohibí que tocara nada en aquel lugar.

Nos costó poco trabajo comprobar que no había nadie en la casa. Ni dueños ni servidores.

—Se la han llevado. La han secuestrado —dije a Ivonne

—¿Para qué?

—Tal vez para aumentar las presiones sobre el senador. Acaso para hacer con ella algo semejante a lo que hicieron con él.

—¿Y qué hicieron con él?

—Se trata de simples deducciones. Colocarlo en situaciones poco dignas, hacer fotografías y ejercer chantaje sobre él valiéndose de tales fotografías.

—¿Piensas que se trata de algo así?

—¿Piensas que puede ser otra cosa?

No respondió.

Yo me fui a un teléfono que no era el del gabinete desde el cual suponía que me había llamado Norma. Pero antes de usarlo pensé que podía estar controlado.

Sí. ¿Por qué el enemigo no podía haber hecho para mal, el espionaje que yo había pretendido hacer para bien?

—¿Qué te sucede ahora? —preguntó Ivonne.

Se lo expliqué y dije:

—Vamos afuera. No lejos de aquí he visto una cabina.

—¿A quién vas a telefonear?

—Ahora lo sabrás...

—No irás a cometer una imprudencia...

—La imprudencia la han cometido ellos al secuestrar a Norma. Han ido ya demasiado lejos.

Pedí a Ivonne que permaneciese fuera de la cabina, vigilando. Y yo llamé a la comisaría de distrito a que yo había pertenecido.

A tal hora se encontraría en ella el teniente John Walker, un buen compañero y amigo, al que seguramente habría contrariado no poco mi retirada del cuerpo.

Sí, estaba y se puso al aparato tan pronto supo que era yo quien le llamaba.

Comenzó a sermonearme, pero corté en seco:

—Escucha tú, John. Y ya hablaremos de lo demás. Pórtate bien y tal vez vuelva con vosotros.

Intuyó que lo mío tenía prioridad, y se decidió a escuchar.

Le informé entonces del secuestro de Norma Robins, de cómo me había enterado del mismo y de lo que había hecho a continuación.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Que te persones en la casa y que investigues. Hay que encontrar algo, una pista, por leve que sea...

Le mencioné el teléfono y el cojín. Y le dije a continuación:

—Quisiera que el trabajo se realizase en secreto. Comprenderás que la significación de la persona secuestrada lo exige así...

—No lo comprendo, pero si tú pides que lo haga así, alguna razón tendrás —me respondió—. Puedes estar tranquilo en ese sentido. ¿Y qué vas a hacer tú?

—Voy a investigar por mi cuenta. Cualquier dato que tenga interés, te lo facilitaré para que actúes en consecuencia.

—De acuerdo. Ten cuidado. ¿Lo sabe el senador?

—No creo... Pero aún se enterará demasiado pronto. Entraré en contacto contigo tan pronto pueda.

—De acuerdo.

Le di las señas del senador. Y colgué.

Y de nuevo al auto, al volante del cual, en esta ocasión, se colocó Ivonne.

Le indiqué que la primera visita era para Lynn Richard. No pareció sorprenderse ni opuso nada a mi idea.

Y mientras nos dirigíamos al lugar en donde no hacía mucho habíamos estado, le expliqué lo que había sido mi conversación con el teniente Walker.

Ivonne tenía confianza en mí. Y aprobó la idea de que hubiese puesto el hecho en conocimiento de un policía amigo y discreto.

Y tuvimos suerte. Cuando llegamos a las proximidades de la casa en que vivía Lynn Richard, descubrimos el auto de éste, aparcado en el mismo lugar en que lo habíamos dejado.

Detuvimos nuestro coche detrás.

Y mientras Ivonne se quedó al volante, yo fui hasta la casa de Lynn, en cuya entrada tropecé bruscamente con él. El hombre salía con prisas, casi como si le persiguieran.

Me reconoció inmediatamente. Y trató de esquivarme. Y de huir.

Pero lo inmovilicé con un leve golpe que, con el canto de mi mano derecha, le apliqué a la parte media de la nariz.

Respingó, lagrimeó y se quedó quieto, mirándome fijamente.

—¡No he hecho nada! ¡No sé nada! —se apresuró a decir.

—¿Por qué tanta prisa ahora? —pregunté.

—Ustedes mismos me dijeron que me largase cuanto antes.

—De acuerdo. Pero no has demostrado prisa primero. Y ahora tienes mucha, demasiada tal vez...

—Quiero irme... —respondió con voz débil.

—Sí, claro, vamos. ¿Adónde quieres ir?

Lo así de la solapa y tiré de él con fuerza. Lo hice pasar delante y a continuación lo empujé, obligándole a marchar en dirección al solar en donde había vapuleado anteriormente a Mike Owens.

Tanto Owens como el otro fulano que había dejado a su lado, habían hecho la del humo, aunque habían quedado sanguinolentas huellas de su estancia en el lugar.

Empujé de nuevo a Lynn Richard, hasta situarlo de espaldas contra la pared.

De no mediar lo que mediaba en tal asunto, habría sentido compasión por él. Pero la verdad era que no estábamos para lágrimas.

—Fue Ivonne quien te colocó en la oficina del senador, ¿cierto?

—Sí.

—¿Quién te recomendó?

—Nadie. Yo siempre he sido un seguidor del senador.

Coloqué mi puño derecho debajo de su nariz.

—¿Ves esto? Si te machaco la nariz con él, te va a quedar la cabeza encajada en esa pared. Vamos a dejarnos de tonterías. Piénsalo bien antes de responder. Pero ni tardes, ni mientas.

Para convencerle de que debía ser bueno, le rocé con los nudillos en la nariz, cuya parte inferior le remangué ligeramente.

—No necesitaste recomendaciones, de acuerdo. Te fingiste seguidor del senador... ¿Quién te dijo que te colocases ahí? Piénsalo —insistí.

Miró para mi puño que le amenazaba peligrosamente. Y su mirada reflejó desesperación.

—Me matarán —dijo.

Me encogí de hombros mostrando indiferencia. Y dije a mi vez:

—Fuiste tú quien se metió en el lío...

—No tuve otra salida. Yo debía mucho dinero...

—No quiero explicaciones. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

Le volví a hacer otra «caricia» en la nariz, para convencerle.

—Fue un tal Tomy Brennan...

Silbé admirativamente.

—¿Tomy Brennan, seguro?

—Completamente...

Le creí. El tal Brennan era dueño de una cadena de clubs que eran auténticos antros del vicio en donde las sanas leyes eran conculcadas

continuamente. Bien, a excepción de las horas en que permanecían cerrados y solitarios.

—Tomy Brennan —repetí.

Muchas de sus delictivas actividades quedaban dentro de nuestro distrito. Por tanto no me habría extrañado que fuese Brennan uno de los «generosos» donadores del dinero que Owens distribuía como «gratificación» en los sobres como el que yo rechacé.

Un Brennan que había dado en alguna ocasión un puñado de dólares para beneficio de viudas e hijos de policías.

Nada extraño, porque seguramente él había contribuido a que más de un policía dejase viuda, e hijos huérfanos.

—¿Qué sabes del secuestro de la señora Robins?

—Nada, no sé nada, se lo puedo asegurar. Me han llamado por teléfono y me han dicho que me largase rápido... Yo sé bien lo que puede significar eso y por lo mismo...

Reflejaba terror en su mirada a medida de que se iba dando cuenta de la gravedad de lo que sucedía.

—Está bien, piérdete de vista; porque si te encuentran, te matarán...

No se hizo repetir la indicación. Y se dirigió hacia su coche.

Capítulo VII

YO temía llegar tarde. Y apresuré el paso para llegar hasta el coche.

Ivonne, que me había visto llegar, había puesto el motor en marcha.

Y cuando instantes después pasamos junto al coche de Lynn Richard, vimos que éste se disponía asimismo a salir de allí.

Había puesto la llave de contacto en el coche.

Y cuando estábamos a quince o veinte metros de distancia, se produjo la llamarada y la explosión.

Ivonne siguió adelante tratando de evitar que nos alcanzasen algunas de las materias en ignición que habían salido por los aires.

Y cuando consideró que estábamos en lugar seguro, detuvo el coche.

Yo me había vuelto a mirar y había llegado a tiempo de ver cómo el coche de Lynn Richard saltaba hecho pedazos a la vez que se incendiaba convirtiéndose en una hoguera.

Seguro de que no podríamos hacer nada por el pobre diablo, dije a Ivonne:

—Sigue. No vamos a lograr nada positivo volviendo atrás.

Ivonne comprendió y, sin comentario alguno, reanudó la marcha.

Al fin preguntó:

—¿Adónde ahora?

—A hacer una visita a un tal Tomy Brennan, aunque antes me gustaría charlar con el teniente Walker. Y cómo vamos a pasar cerca de casa del senador, volvamos allá...

—Lo que tú digas —admitió.

Poco después nos deteníamos de nuevo ante la casa de Scott Robins.

El teniente Walker había sido tan discreto, que en lugar de tomar un coche oficial, había tomado el suyo propio.

En la puerta de la casa, por su parte exterior, no se hallaba ningún policía vigilando.

Y aunque supuse que la puerta debía estar solamente entornada, llamé con los nudillos y me di a conocer apenas vi que se abría una rendija.

—Pase, señor —autorizó el policía que vigilaba, el cual me conocía bien.

Me reuní en la salita con Walker, el cual terminaba ya su

investigación.

Y me informó:

—Sí, hubo violencia. Mínima, pero hubo violencia. Tenemos unas huellas digitales. Ya veremos a quién corresponden...

Seguidamente preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

Le puse al corriente de lo que sucedía, con todos sus detalles. Y naturalmente, no me recaté para darle el nombre de Brennan.

Y no me sorprendió cuando dijo:

—Le tengo ganas a ese indeseable.

—¿A pesar de que da dinero para las viudas y huérfanos de la policía? —pregunté con ironía.

—Tal vez sea por eso mismo... Me gustaría pillarlo con las manos en la masa.

—¿Y quién te dice que no se le pueda pillar si atacamos en silencio, ahora mismo? Él está confiado, precisamente porque da dinero y piensa que nos tiene amordazados.

Yo tenía claro que aquello terminaría de decidir a Walker. Y no me equivoqué.

Poco después salíamos a la calle y nos dirigimos a las oficinas del distrito.

No entré, sino que aguardé en la calle a Walker.

Mientras él tomaba sus disposiciones, pregunté a Ivonne:

—¿Cómo va ese apetito?

—Yo le llamaría hambre. Pero puedo aguantar...

Seguidamente preguntó:

—¿Adónde vamos a ir?

—A una de las guaridas de Brennan.

—Temo por la señora Robins...

—Pienso que si atacamos rápido, si sorprendemos al enemigo, la podremos salvar...

—¿No habrá escándalo?

—Espero que lo podremos evitar...

Cuando salió Walker, me comunicó:

—Ya hay un equipo trabajando en lo de la explosión del auto de Lynn Richard. He comunicado con ellos para facilitarles el trabajo.

—¿Y nosotros...?

Señaló para los dos autos que se habían preparado. No eran autos oficiales y el personal que iba en ellos vestía de paisano.

Luego me dijo:

—Tendremos preparados en las cercanías dos coches patrulla para intervenir en caso de necesidad. Pero todo dentro del mayor silencio...

—Magnífico...

—En cuanto al coche para detenidos, también estará preparado, pero sin ruido...

Estaba claro que había acertado al confiar en el teniente Walker.

Aprobé las medidas tomadas por él y volví a reunirme con Ivonne, la cual estaba un poco asustada y un mucho emocionada. Sí, la sentí temblar a mi lado cuando tomé el volante de sus manos y le dije:

—Prepárate a bailar. Vamos a uno de esos clubs de noche en donde vale todo...

—No sé bailar...

—Si no bailamos, danzaremos —dije yo en broma.

Lancé el coche detrás del que ocupaba el teniente Walker.

Y como nos pillaba cerca, no tardamos en detenernos en las cercanías de La Jirafa, el *night-club* en el cual calculábamos que estaría el «bueno» de Brennan.

No hicimos una llegada aparatosa, sino que fuimos matando la velocidad de los coches a medida que nos acercábamos.

Y luego, cada uno de los vehículos aparcó en un lado, aunque, eso sí, obedeciendo a la estrategia más elemental señalada por Walker, que dirigía la operación.

Una vez en el interior de La Jirafa, volvió la suerte a aliarse con nosotros: Tomy

Brennan terminaba de llegar al club y procedente de la entrada de empleados, cruzaba por la sala para dirigirse a su despacho particular.

Fumaba un grueso puro.

E iba acompañado por dos de sus guardaespaldas.

Sonreía entre burlón y desdeñoso, dando la impresión de que se sentía muy seguro.

Sin embargo, se detuvo de repente y su rostro cambió de expresión cuando nos descubrió a Walker y a mí.

Y se dio cuenta además de que nos seguían dos policías más, de paisano.

Porque yo había decidido que, puesto que Ivonne no sabía bailar, se quedase afuera al volante del coche.

Brennan se dispuso a dar órdenes a otro hombre que le precedía. Pero Walker y yo nos adelantamos.

—Quieto, muchacho... Tranquilo, Brennan. Venimos como amigos. No podemos olvidar que eres un benefactor, un protector de nuestras viudas y nuestros huérfanos.

—Bien, quería dar instrucciones... Acabo de llegar...

—Nos vamos enseguida. Sólo vengo a pedirte un pequeño favor. ¿Pasamos a tu oficina privada? —preguntó Walker.

Brennan pretendió sonreír en un alarde de seguridad. Y solamente consiguió que se le cayese el puro de la boca.

Intentó atraparlo en el aire, pero falló y el cigarro salió disparado.

Me reí con hiriente expresión.

Y Brennan echó a andar seguido por Walker y por mí, mientras los otros dos policías se quedaban vigilando a los hombres que iban con el dueño de la cadena de clubs.

Uno de los policías dijo al hombre de confianza de Brennan:

—Tranquilo. Venimos en son de paz y nos largamos enseguida. No queremos líos.

El hombre se llevaba bien aprendida la lección.

Y el fulano que estaba al frente del club se puso a la altura de las circunstancias y respondió:

—Vamos a la barra. Como no van de servicio podrán aceptar una copa. ¿O no?

—Encantados, amigos...

Hizo comprender el policía que debían marchar los cinco juntos, sin intentar nadie hacer la del humo.

Walker y yo entramos con Brennan en su oficina privada.

—Tomen asiento, amigos. Y sírvanse lo que gusten.

—Nos vamos enseguida. No vale la pena... —intervine yo.

—Traigo una orden de registro, pero por el momento me voy a olvidar de ella —dijo a su vez Walker.

—¡No me pueden hacer eso! ¡Llamaré a mi abogado! —exclamó Brennan, alargando la mano sin demasiada convicción hacia el aparato telefónico.

—Bien. Si llamas al abogado, que maldita la falta que hace, yo llamaré al fiscal para levantar acta. Por otra parte, ya sabes que estoy a punto de terminar mis estudios de leyes —dije yo.

Walker parecía divertido.

Y dijo a su vez:

—Sólo queríamos unas pocas raciones para un pobre diablo. Las necesita. Está esperando una plaza en un hospital de rehabilitación, y hasta tanto, lo tengo a mi cargo...

Estuve a punto de romper a reír por el aplomo con que Walker mintió. Cosa que tampoco escapaba a la perspicacia de Brennan.

El indeseable individuo había mordido el anzuelo. Había creído que íbamos por la droga. Y se había tranquilizado.

Volvió a sonreír y dijo:

—No tengo nada, palabra. He dejado todo lo relacionado con la droga. Deja menos beneficio del que la gente cree, es muy arriesgado y más complicado que arriesgado...

Intervine yo entonces en apoyo de Walker:

—Vamos, Brennan. ¿Piensas que nacimos ayer? ¿Quieres que te diga cuándo y de dónde te han llegado las dos últimas partidas? Cantidad y suministradores...

—Son solamente unas raciones, Brennan, de esas que tenéis preparadas. Y además, te las pagaremos... —apoyó Walker.

Me miró con recelo. Me temía a mí más que a Walker,

—¿Qué sucede, Brennan? ¿Es que no te fías? —pregunté.

—No es cuestión de pago. Es que no tengo.

—Vamos, abre la caja —dijo Walker, señalando.

Sí, aunque se resistía, se había tranquilizado, y aquello era un simple regateo.

Suspiró Brennan y se dispuso a abrir la caja a la vez que decía:

—Veremos si queda algo en algún rincón...

Quedaba, y mucho, a pesar de que abrió uno de los compartimientos más pequeños y cubrió con el cuerpo.

No fue tacaño, porque sacó media docena de dosis y preguntó:

—¿Suficiente?

—Suficiente.

Las alargó a Walker y cerró la caja.

Yo tomé una de las dosis y tomando un poco en la punta de un dedo, la llevé a mi boca.

—Esto es un asco, Brennan. Estafáis a la gente, ¿eh? Está rebajada...

—Les hacemos un bien —dijo con cínica expresión.

Se había tranquilizado totalmente.

—¿En dónde tienes los compartimientos reservados? —preguntó Walker de improviso.

—Eso no tiene nada que ver con esto. No tienen derecho...

—Con esto hay más que suficiente para que te hundamos para toda la vida. No queremos escándalo pero tenemos en la calle gente más que de sobra para dar una batida. Aquí tenemos la evidencia, aparte la orden judicial...

Él sabía que mentíamos respecto a la orden judicial. Pero estaba claro que poseíamos una evidencia y podíamos hacer el registro impunemente.

—¿Qué pretenden? Por fuerza se han vuelto locos...

—Sabes bien lo que pretendemos. Esa dama a quien habéis secuestrado. Sin ruido, discretamente... Y aquí no ha pasado nada. Estamos dispuestos a cerrar los ojos a todo lo demás.

Fue Walker quien había hablado.

Y yo dije aún, en tono incisivo:

—Incluso podemos cerrar los ojos en lo que se refiere al asesinato de

Lynn Richard... —No podrán probar...

—No seas estúpido. Tienes suerte de que nos interesa el silencio tanto como a ti, no por nosotros, sino por la dama. Como nos obligues a dar el escándalo, habrás terminado para siempre...

Nos dio la sensación, tanto a Walker como a mí, de que Brennan se derrumbaba.

Y dijo:

—Está bien, vamos. Esto va a ser mi ruina, mi muerte...

Le respondí algo semejante de lo que había dicho al desgraciado de Lynn Richard:

—Eres tú quien se ha metido en el lío... En marcha Tomy...

Salimos a la sala.

Brennan hizo seña a sus hombres para que nos siguieran. Los dos policías se dispusieron asimismo a acompañarnos.

Nos dirigimos a la entrada de servicio. Y luego de atravesar una zona ajardinada, entramos en un misterioso local.

Capítulo VIII

WALKER dio instrucciones a uno de nuestros acompañantes para que avisara a los ocupantes del otro coche. Deberían estar dispuestos para intervenir.

Y el hombre se quedó fuera, con el radioteléfono en las manos, dispuesto a entrar en comunicación con nuestros compañeros.

Yo saqué una pistola y la aireé en las mismas narices del hombre que nos había recibido con desconfiada expresión.

Walker había hecho otro tanto, aunque había dedicado su preferencia a Brennan.

Y el otro policía se encargó de los dos guardaespaldas, a los cuales desarmó rápida y eficazmente.

Y sin teatralidad, sino con la máxima sencillez.

—¿Vamos? —apremié.

La expresión de Brennan, el color de cuyo rostro se había vuelto terroso, reflejaba un espantoso miedo.

Adelantamos por un pasillo.

Y poco después, cuando ya por el ademán de Brennan comprendimos que habíamos llegado, se nos unieron tres policías de paisano.

Brennan dijo al fin:

—Es ahí, pero tengan cuidado...

Dos de los recién llegados se encargaron de Brennan y sus guardaespaldas.

Los demás empuñamos las armas decididos a emplearlas.

Brennan, con un hilo de voz, dijo:

—Han cerrado por dentro.

Calculé la resistencia que la puerta podía ofrecer. Yo era el más corpulento y estaba seguro de que ni cerradura ni puerta resistirían el impacto de mi cuerpo.

Y después que mis compañeros tomaron posiciones, me lancé.

Se escuchó el fuerte crujido seguido de una especie de estampido, y la puerta saltó. Walker delante, fue el primero en entrar mientras yo me reponía del duro impacto.

Con Walker entraron dos hombres más y luego pasé yo, totalmente repuesto ya.

—No se muevan o los hacemos volar —fue la conminación de Walker.

Parece que habíamos llegado a tiempo. Allí se hallaba reunido todo un equipo cinematográfico y se disponían a tomar una especie de film pornográfico.

Y la estrella femenina del film era Norma Robins, la cual, bajo el efecto de una droga de tipo sicodélico, estaba en una cama, desnuda, mal cubierta con una sábana.

A su lado, y totalmente desnudo, se hallaba el que debía ser protagonista masculino del film, uno de esos sucios profesionales de la pornografía.

El fulano trataba de excitarse jugueteando con la inconsciente Norma Robins, la cual ni siquiera se daba cuenta de lo que sucedía. Ni tampoco de nuestra irrupción.

Un fulano, al margen del equipo profesional, tan pronto nos vio entrar, sacó de la mesilla de noche un largo y afilado cuchillo.

Pero Walker atacó de manera fulminante y lo derribó de un golpe que le aplicó con uno de sus pies.

Cayó el cuchillo al suelo y cayó asimismo el fulano, el cual quedó de bruces, sangrando por boca y nariz.

Yo me apoderé del cuchillo cuidando de que las huellas no fuesen borradas. Aquello podía servir.

El cretino que hacía de protagonista masculino, un joven atlético, bien parecido y con expresión de tarado mental, gritó:

—¡Así no es posible trabajar!

Me hice cargo de él comenzando por atontarlo con dos secos bofetones.

—Vamos, cerdo, vístete... Te esperan unos días de descanso y luego podrás «trabajar» mejor. No vas a necesitar afrodisíacos...

Los del equipo cinematográfico, director incluido, permanecían quietos, asustados. Fueron cacheados cuidadosamente.

Ninguno de ellos llevaba armas.

Mientras tanto, tras dar orden a uno de los policías para que hicieran venir a Ivonne, me preocupé de cubrir las desnudeces de Norma, la cual, víctima de la droga sicodélica, no se estaba quieta y se retorció como una serpiente.

Era algo indignante, sí, señor.

Me dirigí a los del equipo cinematográfico:

—Los voy a machacar, basura. Son ustedes basura de la peor.

Escupí, no solamente mi desprecio, sino mi saliva, en el rostro del director, el cual se tambaleó como si le hubiese golpeado.

El hombre intentó defenderse diciendo:

—A nosotros nos han contratado para hacer una película. Y a ello estamos...

—Estaban —puntualicé.

Luego pregunté:

—¿Si les destrozo el equipo, a qué van a «estar», granujas?

—No lo intente... —comenzó a decir el director.

Walker temió que yo destruyera la cámara y los focos, e intervino para decir:

—Dobla la lengua y guárdala en la boca. Que no te vuelva a oír a menos que sea para responder a alguna de nuestras preguntas.

Seguidamente fue pidiendo las documentaciones, hombre por hombre, tanto las referidas a profesión como las personales.

Y fue tomando notas rápidamente.

El hombre que había intentado emplear el cuchillo, se había sentado en el suelo y se tentaba el sangrante rostro a la vez que murmuraba:

—Pagarán caro todo esto...

Lo hice levantar de un golpe y le cacheé.

Tampoco llevaba armas.

Sin embargo, sí llevaba con él los elementos necesarios para inyectar, incluso en inyección endovenosa. Y también llevaba algunos inyectables, los cuales mostré, no solamente a Walker, sino a los demás que nos acompañaban.

Pero la sorpresa llegó para mí cuando pude realizar la identidad del individuo.

Se trataba, ni más ni menos, que del doctor Clift Douglas, el hombre al cual había dado un cargo importante el senador por el chantaje que se ejercía sobre él.

Walker, en tanto, tras haber fichado a los «técnicos» de la pornografía, se incautaba de todo el material, tanto el filmado como el que, según ellos, estaba virgen aún.

En aquel momento llegó Ivonne, la cual, tan pronto se hizo cargo de la situación, pidió la ropa de Norma.

La entregó el fulano que debía haber protagonizado la película en su parte masculina. El hombre estaba ya a medio vestir.

Me dirigí a Clift Douglas:

—Doctor. ¿Conviene inyectarle algo o ese estado se le pasará?

—Es mejor que la dejen descansar. Se le pasará. Aunque conviene que la vigilen...

Habló en serio. Estaba asustado.

Seguidamente me dirigí al director cinematográfico:

—¿Le interesaría filmar una escena en la cual son arrojados uno o dos fulanos, con las manos atadas a la espalda y una piedra al cuello, a

las sucias aguas del Hudson?

El hombre miró a Clift Douglas y respondió, como gozándose en el sufrimiento de éste: —A mí me interesa filmar todo lo que tenga interés. Y eso lo tiene, y mucho. El gesto de un loco como el «doc» debe ofrecer más interés en ese momento que cualquier otro.

—¿Y el de esta basura? —pregunté, señalando al tarado mental.

Me dio la impresión de que le daba un ataque de pánico, tal fue su reacción.

Lo calmé de un golpe que lo dejó sentado en el suelo.

El director dijo una vez terminado el breve incidente:

—Ese desgraciado no ofrece interés. Lo podría cambiar por otro.

—¿Por ejemplo?

—Por el propio Brennan...

—Es una buena idea. ¿Y qué diablos pintaba aquí ese cuchillo? —pregunté.

—No había guión escrito —dijo burlonamente el escritor.

—Pero había ideas...

—Tal vez lo hubiese empuñado la dama para apuñalar por la espalda al desgraciado ese. La idea no era mala, no, señor. Esa película se hubiese pagado bien, mejor que ninguna.

—¿Idea suya?

—¡Oh, no! Idea de ese maquiavélico «doc».

Clift Douglas fulminó con la mirada a su acusador, el cual se encogió de hombros, mostrando desdén e indiferencia.

Ivonne, tras asegurarse de que no quedaba en el lugar nada que perteneciese a Norma, me dijo que estaba dispuesta para la marcha.

Walker, por su parte, me entregó el material incautado.

Y dijo:

—Podéis iros. Yo me encargaré de dar el toque final a todo esto. No debes preocuparte...

—Gracias, John... ¿Puedo llevarme al «doc»?

—Puedes llevártelo. Y encargar que hagan salchichas con él. Ya me encargaré del cuchillo que trató de esgrimir contra mí, y en el cual están sus huellas digitales...

—¡Con ese cuchillo no se ha matado a nadie! No puede haber nada contra mí... —dijo el «doc», irritado.

—Averiguaremos si ha sido empleado ya, o no, para algo semejante a lo que se iba a hacer aquí... Vamos, Nick, llévatelo antes de que pierda la paciencia y lo tengan que enterrar en ese jardín.

El «doc», impresionado, se dejó llevar por mí mientras Ivonne se encargaba, con la ayuda de un policía, de Norma Robins.

Salimos a la calle.

Todo normal, sin que se hubiera producido la mínima alarma y, sobre todo, sin que se hubiese dejado ver periodista alguno.

Y fue ya cosa de pocos minutos el que nos encontrásemos nuevamente en casa del senador.

Una vez en ella aseguré al «doc», al cual, además de atar por los tobillos, inutilicé también las manos atándoselas concienzudamente a la espalda.

En tanto Ivonne se encargó de acostar a Norma Robins en su alcoba, cuya puerta daba precisamente al gabinete en que nos habíamos instalado.

Así la podíamos vigilar.

—¿Qué prefieres? ¿Localizar al senador o cenar? —pregunté.

—Localizar al senador.

—Está bien, adelante...

No tardó mucho Ivonne en decirme:

—El senador vendrá inmediatamente; parece que no tiene ni idea de lo sucedido.

—Bien. Ahora puedes preocuparte de la cena. No creo que a él le moleste que dispongamos de su despensa.

—En absoluto...

Me dirigí al «doc»:

—¿Preparamos algo para ti, «doc»?

—Seguro que tendrán que preparar algo. Quítenme estas cuerdas y déjenme ir o les pesará...

No quise enfadarme. Y respondí:

—Está claro que has perdido el sentido de la realidad. Tú, Donald Gould, Brennan e incluso el propio King Matews, estáis más cerca del otro mundo de lo que podéis imaginar...

—No me haga reír, polizante...

Me enfadé. Y le solté un puntapié en un costado.

—A ver si nos respetamos, basurita.

Produjo un estertor. Y me miró con expresión angustiada temiendo que podía seguir otro golpe.

—Si os echo al Hudson a ti, a Matews, a Gould y a Brennan, no pasará apenas nada. Simplemente, las aguas se sentirán más contaminadas; pero en la ciudad se respirará mejor...

Ivonne, que había ido un momento al gabinete para hacerme una pregunta, rió mi idea.

Yo había nombrado a King Matews, y por la expresión del «doc» pude darme cuenta de que no me había equivocado: El hombre de confianza del senador Robins, el promotor de su campaña electoral, estaba tan pringado en aquel asunto como el que más.

Llegó Ivonne con unos bocadillos y cerveza fresca.

Atacamos la cena con apetito; pero por mi parte no dejé de pensar. Me faltaba el personaje principal, estaba seguro. Detrás de todo aquello debía haber alguien importante. Tal vez más de uno. Porque lo que teníamos hasta entonces en la red, era pura morralla.

Entre bocado y bocado, pregunté a Ivonne:

—¿Quién es el más directo rival del senador?

—Steve Morgan —dijo la chica.

Tenía fama de intachable el tal Morgan.

Sin embargo, lo que vi en la expresión del «doc» me hizo pensar que no me había equivocado.

En aquel momento llegaba a la casa el senador.

Le acompañaban sus guardaespaldas, los cuales, contra lo usual, entraron en la casa con él. Yo se lo había pedido así a Ivonne y ésta se lo había pedido a su vez al senador por teléfono.

Capítulo IX

SCOTT Robins estaba asustado y desconcertado a la vez.

Sus guardaespaldas estaban más desconcertados que asustados, aunque se podía apreciar en ellos que tenían bastante miedo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el senador a Ivonne.

—Secuestraron a su señora. Afortunadamente hemos intervenido a tiempo y ella está ahí descansando, aunque bajo el efecto de una droga —informo Ivonne a su jefe.

Este me miró primero a mí. Y miró luego al doctor Douglas.

—Fui compañero de estudios de su señora, aunque yo voy más atrás. Tal vez ella le ha hablado hoy de mí.

—Me dijo por teléfono que tenía que recomendarme a alguien.

—Pues ése soy yo...

—¿Y Norma? —preguntó el senador con expresión de ansiedad.

Hice un gesto a Ivonne y ésta indicó al senador que le siguiera. El hombre la acompañó hasta la alcoba, en la cual entraron sin hacer ruido, quedándose cerca de la puerta.

Yo me dirigí a los dos guardaespaldas, a los cuales dije:

—Hubo una noche clave en la vida del senador. Ustedes saben bien a qué noche me refiero.

Se miraron entre sí antes de responder uno de ellos:

—Sí, lo sabemos. ¿Y quién es usted para preguntar?

—Para trabajar mejor en este asunto me he dado de baja por el momento en el cuerpo de policía, en el cual era oficial. Estoy terminando mis estudios de leyes. Y he logrado arrancar a la señora Robins de manos de sus secuestradores. ¿Es bastante? —inquirí en tono humorístico.

Volvieron al intercambio de miradas. Y uno de ellos dijo:

—Es bastante. Pregunte.

—¿Qué sucedió con ustedes en esas horas en que el senador sufrió el cambio?

—Alguien nos invitó a beber mientras el senador celebraba una entrevista... Y nos durmieron.

—¿En dónde fue eso?

—Nos abordaron en un *pub* llamado Támesis... Pero cuando

volvimos a tener noción de quiénes éramos, estábamos con dos fulanas en un lugar bien diferente...

—Por ejemplo, en unos reservados que hay junto al *night-club* La Jirafa...

—¿Cómo lo sabe?

—Fue allí adonde han llevado secuestrada a la señora Robins... Pero ¿quién les invitó a beber en ese *pub*?

Me llegó la respuesta que yo esperaba:

—Fue el propio señor King Matews... ¿Cómo podíamos desconfiar? Y luego el señor Robins nos ha ordenado silencio.

—¿Conocéis a esta basura? —pregunté, señalando para Clift Douglas.

—Fue uno de los que se reunió en el *pub* Támesis, aquella noche, con el señor Robins... Miré al «doc» con burlona expresión. Y le dije:

—Tu piel se cotiza cada vez peor; sí, a pesar de la subida que experimenta el costo de vida. No creo que haya nadie que dé por esa piel más de diez centavos.

Clift Douglas replicó con el mayor descaro:

—¿No cree que es hora ya de que el senador diga algo? Él no va a estar de acuerdo con usted.

Fingí que me arrugaba. Y dije:

—Vaya, tal vez tenga razón. Tendré que pensar y, mientras tanto...

Me acerqué a él, lo puse en pie cuidadosamente y lo desaté. Seguidamente le sacudí la ropa para quitarle el polvo que pudiese haber tomado el traje al estar en contacto directo con el suelo.

Y cuando hube terminado asesté al «doc» tal puñetazo en el entrecejo, que lo volví a sentar de golpe y de manera bastante violenta.

Los dos guardaespaldas rieron divertidos. Ante mi manera de actuar, perdían el miedo y cualquier otro complejo de aquel tipo.

Douglas, que había quedado aturdido, me miró con expresión de odio. Se iba recobrando y se aferró a los brazos del sillón en que había caído.

Y saltó de pronto lanzándose de cabeza contra el estómago.

Salté a mi vez hacia atrás, esquivando. Y lo frené con la mano izquierda, la cual le puse en la frente.

E inmediatamente le golpeé con la punta de mi zapato derecho, alcanzándole a la altura del estómago.

Se fue de narices al suelo tras haber emitido un angustioso sonido.

El senador e Ivonne salían del dormitorio y fueron testigos del ataque del «doc» y de mi contragolpe.

Scott Robins me reprendió, diciendo:

—¿Es que se ha vuelto loco?

—Si no les pierde el miedo, senador, vale más que se pegue un tiro

—repliqué con dureza.

Ivonne me recriminó con la mirada. Hice como que no lo había visto y proseguí:

—Si me hubiese parado el miedo que le está frenando a usted, ¿qué sería ahora de su esposa? ¿Le ha hablado Ivonne de cómo la hemos encontrado?

Me expresé con rudeza que debía impresionar al senador.

Y me respondió:

—No ha habido ocasión aún...

—Pues ha sido una lástima. Porque lo que le destinaban a ella era tal vez peor que lo realizado con usted.

—¿Qué sabe usted de eso? —inquirió Scott Robins con expresión alterada.

—No sé nada, senador. Pero lo imagino por lo que he visto esta noche. Y por el chantaje que le están haciendo. ¿Conocía usted ya al «doc»? —pregunté con expresión despectiva señalando al granuja que se revolcaba en el suelo.

—Le he visto un par de veces...

—¿Cómo es posible que haya llevado a una piltrafa como ésa al puesto que lo ha llevado?

Siguió un lapso de tenso silencio.

Y el senador se dejó caer desmayadamente en un sillón. Una vez en él, se pasó la mano derecha por frente y cabeza.

—¿Y qué me dice de ese tramposo de Donald Gould? ¿No comprende que le meterán en tan feos asuntos que luego no necesitarán ya hacerle chantaje alguno? Porque usted se habrá hundido con ellos.

Ivonne me apoyó, diciendo:

—Nick tiene razón. Será su muerte política, senador.

—¿Y en beneficio de quién? —pregunté yo.

—De Steve Morgan, sin lugar a dudas —replicó Ivonne.

El senador reaccionó, diciendo:

—Morgan es un caballero. Es un honesto rival, no es un enemigo.

—Está usted ciego. Pero yo recobraré como sea el material cinematográfico y las fotografías que hayan hecho para poder tenerle en sus manos. Y si es preciso les machacaré los sesos...

—¡No se meta en esto! —dijo el senador.

—Estoy ya metido, senador, y soy de los que no retroceden...

—Haré que lo expulsen del Cuerpo...

—Me he marchado yo. Y ni usted ni nadie me puede atar las manos a la espalda. Le defenderé aunque usted no quiera...

Me dirigí a Ivonne:

—Atiende a la señora Robins. Me llevo al «doc». El me llevará al

lugar de donde arrancaré el material que se ha acumulado contra el senador.

Ivonne tenía fe en mí, ya lo he dicho. Y en aquella ocasión lo demostró rebelándose.

Dijo:

—Me voy contigo.

Seguidamente se dirigió a su jefe:

—Señor Robins. Considéreme dimitida. No trabajo para cobardes.

El senador se puso en pie y volvió a derrumbarse.

Nos miró con expresión desolada y dijo:

—Pero ¿quién me explica a mí...?

—Puede llamar por teléfono a ese traidorzuelo de King Matews. Él sabe bastante de todo esto, aunque es de los que tiran la piedra y esconden la mano —replicó Ivonne al que hasta entonces había considerado su jefe.

El senador no replicó.

La atractiva chica, revelando una vitalidad que prácticamente no le había conocido hasta entonces, prosiguió diciendo:

—¿Sabe lo que han hecho con Lynn Richard una vez que lo desenmascaré y no les podía servir ya? Pues matarlo... Sí, de una manera bestial.

Oímos que el senador murmuraba:

—Todo está podrido a mí alrededor.

—Todo no está podrido. Nosotros no lo estamos —le repliqué.

Di un empujón al «doc», obligándolo a caminar delante de mí.

Ivonne se puso a mi lado.

Debíamos seguir adelante sin pérdida de tiempo. Y sin cenar, naturalmente. Pero perder un minuto podía ser malo para el fin que perseguíamos.

Una vez instalados en el auto, preguntó Ivonne:

—¿Adónde ahora?

Pregunté a mi vez al «doc», el cual respondió en tono burlón:

—Usted sabe más que nadie, jovencito. Se ha metido en un mal lío.

Le golpeé nuevamente. Sí, con uno de mis golpes favoritos. El canto de mi diestra en la parte media de su nariz.

Volvió a chorrear sangre por el apéndice nasal del «doc», en cuyos ojos comenzaron a brillar las lágrimas.

—Ése cerdo me va a poner perdido el coche —lamentó Ivonne.

—No te preocupes. Haré que lo limpie con la lengua.

Seguidamente dije a la chica:

—Haremos una visita a King Matews...

Consultó Ivonne su reloj y dijo luego:

—No creo que lo encontremos en su casa...

—¿En dónde pues?

—Tiene una amiga. Una tal Nancy Peters, a la cual colocó en la oficina.

—Así la amiga le sale más barata...

—Has dado en el centro de la diana... Iremos a ver a Nancy...

Había dado a la llave de contacto, puso primera y arrancó suavemente.

Fue entonces cuando me di cuenta de que los ocupantes de un coche negro, de aspecto impresionante, se disponían a seguirnos.

Desenfundé mi pistola. Y dije a Ivonne:

—Desvíate de forma que vayamos a parar a alguna calle en donde un cruce de disparos no haga peligrar la vida de los transeúntes.

—¿Qué sucede?

—Nos siguen...

—Ya, aquel coche negro...

—Exactamente.

Pasó a segunda y rápidamente a tercera. Y le dio al acelerador apenas salidos de la curva correspondiente a la derivación que tomamos.

Metió enseguida la velocidad larga y pisó a fondo.

El auto de nuestros perseguidores era más potente que el nuestro, pero carecía de su capacidad de maniobra.

Y estuvo a punto de chocar contra otro que llegaba en sentido contrario cuando tomó la curva, para lo cual tuvo que salirse de su derecha.

La cosa comenzaba bien para nosotros.

Habían perdido terreno, pero luego lo volvieron a ganar una vez que marchábamos en línea recta.

Un semáforo que estaba en verde cambió a ámbar y seguidamente a rojo.

Sin embargo, Ivonne, en lugar de frenar, giró a la derecha tras reducir a tercera.

El auto dio la sensación de que iba a estallar. Pero salió victorioso de la dura maniobra a que la linda morena le había obligado.

Nuestros perseguidores llegaban detrás a toda pastilla e intentaron seguirnos.

Pero el coche, lanzado a más velocidad, menos maniobrero, no giró con la debida precisión e invadió la calzada contraria, tal como le había sucedido otra vez.

Un coche que salía al serle abierto el paso, le chocó ligeramente y lo hizo girar.

Y el coche de nuestros perseguidores, después de patinar, fue a

estrellarse contra uno de los postes de sustentación de los semáforos.

Se lo dije a Ivonne:

—Creo que nos hemos librado de ellos... Te has ganado una cena...

—No me la nombres. Tengo un hambre que no veo.

—Tal vez Nancy y King nos inviten a cenar. Adelante...

No era necesario que la animase. Ella había vuelto a poner la velocidad larga. Se lo permitía lo despejado de la vía por la que íbamos entonces.

Miré al «doc», que se hallaba a mi lado.

Se había hecho un ovillo y estaba tan asustado que parecía próximo al ataque de corazón.

—Fue usted quien se metió en este lío, «doc» —le dije para consolarlo.

Ivonne rió alegremente.

Maniobró en dos ocasiones no sin antes reducir la velocidad y al fin se detuvo en un barrio residencial ante la puerta de un pequeño y gracioso chalet.

—Aquí es...

—Parece que viven bien...

—Esa clase de granujas viven bien... Hasta que se les quiebra la racha —respondió Ivonne.

Me disponía a descender del coche y obligar al «doc» a seguirme, cuando se abrió la puerta del chalet y apareció en ella King Matews, el cual se estaba poniendo aún la americana con la ayuda de una atractiva pelirroja. Ella era Nancy Peters.

Capítulo X

CONSULTÉ brevemente con Ivonne, la cual decidió:

—Dentro de casa de Nancy irá todo mejor.

—De acuerdo.

Vimos que Nancy se desplazaba en dirección a la puerta que se abría en la acera, mientras King Matews se iba a su coche que estaba en un pequeño aparcamiento situado a uno de los lados de la casa-chalet.

Ivonne, por su parte, maniobró hábilmente. Y cuando Nancy abrió la puerta, pendiente como se hallaba de la maniobra del auto de Matews, la sorprendimos, colándonos en su jardín, bloqueando de paso la salida de King.

Ivonne, que pasó junto a su compañera de oficina, la saludó amablemente:

—Hola, Nancy...

Ivonne detuvo el coche de forma que a King le era imposible salir.

Nancy, sorprendida y un poco asustada, acudió a nuestro lado, dirigiéndose a Ivonne:

—Aparta el coche para que King pueda salir, por favor.

—Es que deseamos hablar con él. De paso, si nos quieres invitar, aunque sea a un bocadillo. Mi amigo y yo no hemos cenado...

—Pero es que King tiene que irse. Luego os atenderé con mucho gusto.

—King no tiene que ir ya a ningún lado; traemos con nosotros lo que le interesa —dijo Ivonne.

Me sentí asombrado. Esa chica resultaba increíble cuando se lanzaba.

Me relajé pensando en si sería así de audaz a la hora del amor.

King había hecho adelantar su coche hasta quedar a menos de un par de metros del nuestro. Y tocó el claxon pidiendo paso.

Había sonado el momento de mi intervención. Sí, aquello era una especie de gongo que me lanzaba a un nuevo asalto en el combate iniciado, el combate en el cual la muerte seguía rondando tras haberse cobrado ya una víctima.

Abrí la portezuela correspondiente al lugar que ocupaba el «doc» y empuje a éste:

—Vamos, «doc». Tendrá que servirme de parapeto, porque la verdad

es que no quisiera tener que matar a King Matews...

—No puede hacer eso conmigo...

—¡Sí que puedo! —dije, comenzando a enfadarme.

Y lo empujé más fuerte, haciéndolo salir de manera violenta.

Salté tras él, evité que el traspié que había dado le llevase a un nuevo choque de sus narices contra el suelo, y lo coloqué delante de mí como parapeto, sujetándolo con una mano.

Y en la otra mano empuñé la pistola, por si era necesaria.

Ivonne había detenido el coche, parado el motor y quitado la llave de contacto.

Y tras pedir permiso a Nancy con la sonrisa, saltó asimismo del automóvil, dirigiéndose a King.

—Vamos, King. ¿Es así como nos haces los honores? La verdad es que no tienes nada de hospitalario...

—¡Déjeme en paz, Ivonne Brady! Tengo prisa... Ya les atenderá...

King me había prestado atención a mí en primer lugar.

Pero la acción de Ivonne lo había obligado a desviar la atención hacia ella.

E intuí que se había dado cuenta de que íbamos por él y que estaba dispuesto a defenderse.

No podía atacarme porque me parapetaba en el «doc», pero Ivonne iba a cuerpo descubierto.

Y comenzó a desenfundar su pistola a la vez que abría la portezuela del coche dispuesto a tomar a la chica como rehén.

Yo no estaba dispuesto a retrasar la solución de lo que llevábamos entre manos. Tanto Ivonne como yo teníamos hambre y no era cosa de desfallecer cuando más necesitásemos de nuestras fuerzas.

Tenía en mi contra que entre King y yo, aparte del «doc», se interponía la parte delantera de su coche.

E inicié mi ataque librándome de uno de los obstáculos: el doctor Clift Douglas, al cual lancé con fuerza por encima del *capot*.

El sorprendido «doc» fue un estupendo y dócil proyectil que, tras dar una voltereta sobre el *capot* del coche, cayó contra el sorprendido King, el cual ni siquiera tuvo tiempo de volverse a disparar.

Antes de que King Matews pudiera rehacerse salté como un felino siguiendo la misma trayectoria del «doc», y caí sobre ambos.

King había sido capaz de mantener la pistola empuñada, pistola que intentó enfilar contra mí.

Sin embargo, pude desarmarlo de un manotazo que envió el arma lejos, a más de tres metros.

Me puse de pie rápido y ayudé tanto a King como al «doc» a que recobrasen la vertical.

Y me dirigí al primero:

—¿Vamos a ser razonables, míster Matews? Detesto la violencia. Es algo que Ivonne le puede decir.

La situación era tensa, casi grave. Pero mis palabras resultaron tan insólitas para mi compañera de aventuras, que ella rompió a reír estrepitosamente.

Nancy, desconcertada, se dirigió a Ivonne:

—No comprendo qué te hace tanta gracia. Ese amigo tuyo es un gorila por amaestrar... —No digas que no ha tenido gracia. Precisamente porque a veces hace las cosas a lo bestia...

—Pues lo debías llevar al «zoo»...

—Prefiero domesticarlo yo... Pero ¿qué me dices de tu «domesticado» King? Mucha sonrisa por fuera y mucha granujería por dentro. ¿O no te ha hablado de ello?

—¿De qué me tenía que hablar? —preguntó Nancy auténticamente sorprendida.

—Me alegro que no estés metida en este lío, porque te quiero de verdad —dijo Ivonne a su compañera de oficina.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué se iba King tan deprisa?

—Lo han llamado por teléfono...

Yo me mantenía en silencio, cuidando tanto de King como del «doc»; y dejaba que Ivonne, por el momento, llevase la cosa a su manera.

—Algo importante, claro.

—Supongo que sería importante. De lo contrario no iba a dejarme sola con la cena preparada... ¿Qué sucede? —insistió Nancy.

—Que te lo refiera él mismo. Es un traidor y un indeseable...

—No es posible...

—Lo es. ¿No te ha dado a guardar nada? Me refiero a cosa de poco más de un mes...

—El, prácticamente vive aquí y aquí tiene bastantes de sus cosas. No le espío ni le registro.

—Haces bien. Sin embargo, temo que ha abusado de tu buena fe. Vamos para adentro... King Matews, en silencio hasta el momento, dijo a Nancy:

—No tienes por qué dejarles entrar. Él es policía...

—No soy policía ya, pero eso no cambia. No pienso emplear la fuerza para entrar. Quien me interesaba eres tú y ya te tengo —intervine.

Seguidamente dije a Clift Douglas:

—Vamos, «doc», dile al cerdo ése cuál es el estado actual de las cosas.

El «doc», a media voz, pero que incluso Nancy pudo oír, dijo:

—Han rescatado a la señora Robins cuando apenas iniciábamos la función.

King Matews tragó saliva. Y dijo a continuación:

—También podían haber avisado antes. Y haber dicho lo que sucedía.

Nancy intervino. Su desconcierto era evidente.

—¿De qué hablan? —preguntó.

—Secuestraron a la señora Robins y habían montado una sucia escena que iban a filmar. Se habían valido de una droga para someterla...

Recibí la impresión de que la atractiva pelirroja le iba a arrancar a King el cuero cabelludo.

Y si no lo hizo fue tal vez porque Ivonne, siempre en guardia, la detuvo, impidiéndolo.

—No te ensucies las manos con esa basura —aconsejó la chica a Nancy.

—No fue eso lo que me dijiste —acusó Nancy—. Me dijo que era una viciosa y que le podía hacer bastante daño a la carrera del senador.

—¿Por qué le dijo eso?

—La verdad, me extrañó que el senador colocase a dos hombres como esa basura que llevan ahí y como el arquitecto Gould; y más, en puestos de responsabilidad.

—¿Qué le respondió él?

—Pues que el tal doctor Douglas sabía demasiadas cosas de la señora Robins...

—¿Tiene inconveniente en que entremos en su casa? Pretendo evitar el tenerme que emplear con violencia; y estar en su casa me servía de freno —dije a la atractiva pelirroja.

—¡No los dejes entrar! No tienes por qué someterte... —dijo King.

—Al que dejo entrar, para que se encuentre una solución, es a ti. Pero suceda lo que suceda luego, no volverás aquí. ¿Entendido?

—¿Llevas el material ahí? —pregunté a King.

Negó. Lo hizo tan apresuradamente que comprendí que mentía.

Y pregunté a Nancy:

—¿Ha visto si ha cargado algo en el coche?

—Sí, ha sacado algo y lo ha guardado ahí. Tal vez debajo de su asiento.

Preferí quedarme al cuidado de los dos granujas. Y fue Ivonne, con la ayuda de Nancy, quien fue al lugar señalado por ésta.

Y encontraron la caja de recio cartón en donde posiblemente iría el material de que disponían contra Robins.

Exhibí la caja, la cual coloqué prácticamente bajo las narices de

King. Y le pregunté:

—¿Es esto lo que busco?

—Usted sabrá lo que busca.

—No quisiera hacértela tragar. Y estás corriendo ese riesgo.

Yo estaba convencido de que el «doc» sabía tanto o casi tanto, como el propio King. Pero Clift Douglas había llevado ya lo suyo. Y yo quería que hablase el desleal «hombre de confianza» del senador.

—Vamos, responde —apremié.

King se mordió los labios. Y dijo al fin:

—Si se refiere al filme que se le hizo al senador, sí, es ése.

—¿Qué más material tenéis contra él?

—Ahí va todo.

—¿Hay por ahí copias de esto?

—No. Va todo ahí. El negativo y dos copias. Más divertido de lo que usted imagina. Si quiere verlo, ahí dentro tenemos un aparato de proyección.

—No es necesario. Me voy a fiar de tu palabra.

Seguidamente pregunté, dirigiéndome también a King Matews:

—¿Cómo ha sido posible que hayan sorprendido a la señora Robins?
¿Tienes llave de la casa?

—No sé nada de eso. El senador y su esposa son muy celosos de su vida privada y sólo ellos tienen llave de la casa.

—¿Ni siquiera ese servidor que me abrió la puerta esta mañana? — pregunté dirigiéndome al propio King.

—Lo ignoro.

—Lo cual significa que fue el propio servidor ése quien os abrió la puerta a vosotros — acusé.

King y el «doc» se miraron. Y fue Douglas quien hubo de recordar a King:

—Te pregunta a ti. Yo he aguantado ya lo mío.

—Lo que tú habrás aguantado, maldito cobarde —criticó King.

El «doc» atacó de improviso a su cómplice, derribándole de un puntapié que le asestó al bajovientre.

Y hube de dormir al «doc» de un golpe para que hubiese paz.

—A ver si os portáis como buenos chicos —dije.

En aquella ocasión fue Nancy la que, rota la tensión, rió jovialmente.

Luego de reír dijo a Ivonne:

—Perdona lo de antes. Tu «gorila» tiene gracia y vivirás muy divertida con él. Creo que comienzo a envidiarte.

—No lo digas, que se va a poner tonto —replicó Ivonne con viveza.

Está claro. En donde hay mujeres hay vida. Digan lo que digan, son lo mejor de la humanidad. A menos, es la parte que a mí más me gusta.

Tuve que animar a hablar a King Matews, que se retorció aún como una lagartija.

—¡Eh, tú! Ya está bien de comedia; el golpe no ha sido para tanto. Además, de seguir viviendo, con lo que te espera, habrás de endurecerte.

La pelirroja Nancy le animó a su vez:

—Vamos, King; nos estás fastidiando y tu forma de comportarte me está produciendo náuseas.

King logró sentarse dominando su dolor. Y tal como estaba, dijo, mirándome en tono que había desafío:

—Sí, nos abrió Lloyd Crips. Y fue él quien sorprendió a la señora Robins. Ella no confiaba en él. Y él la aborrecía...

—¿Quién está detrás de Steve Morgan? ¿O lo maneja él todo?

—No podrás con ellos. Ni tú, ni el senador ni nadie. Tienen organización y dinero. Y no son tacaños. Sueltan la pasta que da gusto. No como el tacaño del senador...

—Está claro. Ellos roban a manos llenas y algo tienen que sembrar para que les sirvan... Mientras haya indeseables que se vendan como tú, esa gentuza puede hacer de las suyas...

Yo me había enfadado y lo volví a dormir de un golpe.

Poco después esposaba al «doc» y a Matews. Los llevaría conmigo y ya se decidiría lo que se debía hacer con ellos.

Capítulo XI

DESDE una cabina telefónica llamé a Walker para tener una idea clara de cómo había liquidado el asunto de los reservados que tenía Brennan al lado de La Jirafa.

Su informe fue claro. Había hablado con el senador y éste había pedido que se evitase el escándalo a toda costa por aquello de que, no solamente basta con ser bueno; además, hay que parecerlo.

Y si lo sucedido llegaba a ser del dominio público, cada cual lo interpretaría a su manera.

Di las gracias a Walker. Y me dispuse a liquidar el asunto por mi parte. Entregaría el material al senador.

Y dejaría libres a King Matews y al «doc». Era más que posible que su propia gente se encargase de ellos, como había sucedido con Lynn Richard; pero eso no era cosa mía. Yo no tenía por qué protegerles. Fueron ellos quienes se metieron en el lío.

Yo había comunicado con Walker desde una cabina ubicada no lejos de la casa del senador.

Cuando salí de ella y me reuní con Ivonne, había tomado ya mi decisión.

Me dirigí a los dos individuos, y les dije en tono que, por lo irónico, les podía resultar inquietante dada su situación:

—Una buena noticia, granujas. Sois libres. He retirado todos mis cargos contra vosotros.

Se miraron y tuve la impresión de que estaban más asustados que si los hubiese mantenido en mi poder.

Y proseguí:

—Podéis continuar haciendo de las vuestras si vuestra «mafia» particular sigue confiando en vosotros. Cosa de la que no estoy seguro.

Les hice bajar del coche y, una vez en el suelo, los libré de las esposas. Y bromeé aún:

—Ya estáis viudos, sin esposas, libres... No quiero daros consejos paternalistas porque a fin de cuentas sois adultos ya. Pero si vale, os digo: «No os volváis a comprometer.»

Ivonne estaba sorprendida y divertida a la vez.

Los dos hombres, una vez libres, se alejaron, aunque marchando cada cual por su lado.

—¿Crees que llegarán a viejos? —pregunté.

—No estoy muy segura —fue la respuesta de Ivonne, quien preguntó a continuación—: ¿Y nosotros? ¿Llegaremos a viejos?

—Las personas como tú y como yo no envejecen jamás, sería una verdadera lástima.

—¿Adónde ahora?

—A casa del senador. Les entregaremos todo ese sucio material... Y tal vez tengamos ocasión de cenar esta noche —dije.

—Falta me hace. Porque desde que me he reunido contigo la verdad es que estoy pasando hambre. Y mi vida no tiene nada de ordenada...

—Ya era hora de que rompieses con la sociedad de consumo, con el establecimiento de vida que nos han preparado los demás. Hay que ser un poco rebeldes...

—Eso me gusta. ¡Abajo los convencionalismos!

La sentí más cerca de mí que nunca, más humana. Y la estreché entre mis brazos, besándola apasionadamente.

No se rebeló y repetí la cosa. Me gustaba, de verdad.

La oí gemir débilmente. Sin embargo, resistió a mi avance, que podía resultar arrollador y dijo:

—¿Qué te parece si entregamos eso al senador y quedamos libres para decidir de nosotros?

—Es una buena idea...

Puso el coche en marcha y lo detuvimos a poco, frente a la casa de los Robins.

Nos aguardaban con ansiedad tras haber hablado de nuevo con el teniente Wyman, el cual les había comunicado que todo había sido resuelto felizmente, sin escándalo ni ruido.

Me alegré de comprobar que Norma estaba bastante repuesta. Y también de saber que no recordaba nada de lo sucedido, aunque se sentía dominada aún por una sensación extraña.

Una vez entregado al senador el material, le dije:

—Si tiene un proyector, conviene compruebe cuanto antes que no me han engañado. Aunque yo pienso que no se habrán atrevido a hacerlo.

—¿Y si nos han engañado, qué podría hacer? —preguntó, reflejando siempre un oculto temor.

—Me tomaría un pequeño descanso para reponer fuerzas y volvería a la carga, tratando siempre de sorprenderles...

Norma intervino para decir:

—¿Por qué no cenan aquí? Me ha dicho Scott que estabais preparando algo de cena cuando considerasteis necesario volver a salir.

La propia Norma se dirigió a su marido:

—Mientras tanto tú puedes pasar esos filmes. Por mi parte, prefiero

no verlos...

—Nosotros tampoco tenemos el mínimo interés. Me bastará con saber si son o no son... —dije por mi parte.

Al senador le pareció buena la idea. Y mientras Norma, Ivonne y yo pasábamos a la cocina, el senador se fue a su estudio, en el cual tenía instalado el proyector.

Y por fin Ivonne y yo pudimos cenar a base de fiambres, pero todos ellos francamente sensacionales, preparados con gusto por Norma, que al fin nos dijo:

—No tengo una idea clara de lo sucedido. Pero ha podido ser grave, ¿no? Me refiero a lo mío personal.

Me encogí de hombros y dije:

—Grave, lo que se dice grave, pues no. Pero se trataba de un indigno atropello que debíamos evitar. Y pudimos hacerlo...

—Me han drogado, ¿verdad?

—Pues sí. No creo que haya peligro de habituación, pero al menor síntoma, será conveniente que te pongas en manos de un buen médico. Pero que no sea el doctor Douglas, naturalmente...

—Seguro que no —respondió Norma, que prosiguió diciendo—: Yo habría enviado a esa gente a la cárcel. La habría perseguido judicialmente; pero Scott tiene miedo.

—¿Y tú, no?

—No, en absoluto. Estando de acuerdo conmigo misma, me tiene sin cuidado lo que la gente puede pensar. Tenemos que comenzar a liberarnos de miedos absurdos, del qué dirán... Si fuéramos más decididos en ese sentido, seres como Douglas, Gould y demás, estarían condenados al fracaso.

Intervine para decir:

—No olvides a Steve Morgan. De caballero, nada de nada. Ignoro quiénes están detrás de él, pero Steve Morgan es el cabeza visible de esa especie de «mafia» que ha tratado de hundiros... Y que lo volverá a intentar si seguimos teniéndoles miedo...

—Sí, estoy de acuerdo con vosotros.

Cuando terminábamos de cenar se nos reunió el senador. Estaba pálido, parecía afectado aún por lo sucedido.

—¿Era «eso»? —le pregunté.

—Sí... Algo sucio, repugnante...

—Pues aunque usted le considere un caballero, debe «eso» a Steve Morgan. Ya se lo he dicho a su señora...

—Le creo, Foster. Y ahora, dígame: ¿qué puedo hacer por usted? Sé que ha dejado la policía...

—Verá, senador. Como tengo algunos ahorros, voy a dedicarme por entero a terminar mis estudios. Cuando haya terminado tal vez le

busque para que me ayude a entrar en Fiscalía...

—Cuenta conmigo, aunque estoy seguro de que no me va a necesitar. Usted tiene sobrado mérito...

—Gracias, senador...

—Pero Norma me había hablado de un empleo...

—Fue porque no pensábamos que todo se fuese a resolver tan deprisa. Y quería estar cerca de usted para realizar mi trabajo...

—Entiendo...

Se me ocurrió preguntar al senador:

—¿Ha destruido todo ese material?

—Aún no...

—¿Y a qué aguarda? ¿A que se lo roben?

Comprendí que el senador tenía miedo, más miedo del que podía resultar lógico en tales circunstancias. Y mi mirada pasó de él a Norma, la cual me dijo:

—Telefonaron antes. Y amenazaron con matarnos si destruíamos todo «eso».

Silbé con expresión admirativa. Y pregunté jovialmente:

—¿Ha sucedido eso?

Sin aguardar respuesta, proseguí:

—Si vuelven a telefonar les dicen que no he devuelto aún el material. Y lo van a destruir delante de mí o me lo volveré a llevar.

—Lo destruiré yo misma, vamos —dijo Norma.

Poco después el material ardía en la chimenea encendida. Y cuando todo había quedado ya reducido a humo y pavesas, se produjo una llamada telefónica.

Estábamos seguros de que eran ellos. E instruí debida mente a Norma lo que debía responder si, tal como yo presumía, eran los mafiosos los que llamaban.

Era así. Y Norma se mostró segura al responderles, sin reflejar el mínimo temor.

Capítulo XII

NOS despedimos de Norma y del senador, el cual dijo:

—Pero usted se va a meter en una especie de terrible avispero...

—Iba a telefonar desde aquí, pero no lo hago por si tiene usted controlado el teléfono. Wyman y sus hombres llegarán antes que yo a mi apartamento. Y si los mafiosos lo han convertido en un avispero, los destrozarán...

—No quisiera que por mí —comenzó a decir Scott Robins.

—No se trata de este o el otro caso particular. Se trata de hacer respetar la ley; de lo contrario la convivencia se rompe y la libertad queda reducida a un mero concepto...

—Creo que le entiendo...

—Mejor que mejor. Gracias...

Una vez en la calle nos dirigimos a la cabina telefónica de la cual había hecho uso ya en otras ocasiones. Y mientras Ivonne quedaba de vigilancia afuera, yo comuniqué con el teniente Walker, al cual di instrucciones, diciendo:

—Es casi seguro que esos mafiosos me estén aguardando en mi apartamento creyendo que yo llevo conmigo el material que ya sabes...

Seguí hablando, aunque siempre del terreno de las meras suposiciones.

Y Walker dijo al fin:

—No sigas; pienso que todo está claro. Si ellos están, actuaré... De no estar, te aguardaré.

—Justo es lo que quería. Suerte...

—La necesitamos... Hasta ahora.

Salí. Y vi que Ivonne estaba materialmente pegada de espalda a la cabina telefónica.

—¡Eh! ¿Qué ocurre?

Se lo pregunté en voz baja porque ella había hecho un gesto indicativo de que podían oírme y no convenía.

Señaló con el brazo derecho extendido, moviéndolo en semicírculo:

—Sombras, gente... Temo que nos buscan...

—Si es gente, no son sombras. Tal vez siluetas —bromeé.

Miré en la dirección en que Ivonne me señalaba. Y también me di

cuenta pronto de que había gente que intentaba camuflarse, gente que esperaba algo o alguien.

Y ese alguien podía ser la pareja que formábamos Ivonne y yo.

Descubrí a dos individuos rondando en torno al auto de mi atractiva compañera.

—Con tal de que no nos hagan una faena semejante a la que le hicieron a Lynn Richard —dijo Ivonne.

—No la harán porque no están seguros de que ese auto sea el nuestro. Y porque, de serlo, podemos llevar en él ese material que tanto les interesa.

—Tienes razón...

—¿Qué tal tiras? —pregunté.

—Si apunto para una farola, puedo darle a uno de esos fulanos en la cabeza...

—Pues tírales a la cabeza y tal vez les rompas las piernas.

Al decir tal cosa puse en sus manos mi pistola. Y le dije:

—Me vas a seguir a cierta distancia y cuidando de que no te descubran. Voy a intentar llegar hasta el coche y ponerlo en marcha. Te recogeré.

—De acuerdo. Adelante —dijo, dándome la llave de contacto.

Nos separamos. Y adelanté, dando muestras de despreocupación, pero cuidando de no ofrecer demasiado blanco.

No caminé directo en dirección al coche, para no despertar sospechas. Y cuando estaba a unos cien metros del mismo, pude ver que al fin dos de los fulanos que merodeaban por allí se habían decidido a abrir el maletero.

Apresuré el paso cuidando de no hacer ruido. Y entonces atraje la atención de otros individuos. Eran un total de cinco.

Sorprendí a los del coche en el momento en que uno de los otros silbaban una contraseña de aviso.

Pero ya entonces yo cerraba la tapa del maletero con auténtica violencia, pillando con ella a los dos pandilleros.

E inmediatamente, antes de que se pudieran reponer del dolor y la sorpresa, comencé a golpes, castigándolos con dureza.

Uno recibió un puntapié en los riñones que lo arrojó al suelo. Y el otro se tambaleó cuando mi puño derecho golpeó fuertemente en su barbilla.

Los otros tres fulanos corrieron en su ayuda a la vez que decían los más soeces insultos, tal que si con ellos pretendiesen asustarme.

Si disparaban contra mí, podían herir a alguno de sus compinches. Y se abstuvieron de hacerlo.

Pero Ivonne sí hizo fuego. Parece que siguió mi consejo de tirar a la

cabeza, porque uno de los individuos, tras proferir una maldición, se dejó caer al suelo cogiéndose una de las piernas en la cual había sido alcanzado por una bala.

Se detuvieron en seco los otros dos y uno de ellos giró, pistola en mano, dispuesto a tirar contra Ivonne.

Yo me había apoderado de la pistola de uno de los dos vencidos y me adelanté a tirar.

Di de lleno en la cabeza del individuo el cual, tras producir una sacudida, cayó fulminado.

Me hube de revolver para golpear de nuevo furiosamente al que había recibido el impacto en la barbilla. El segundo golpe lo abatió vencido.

Ivonne, por su parte, volvía a hacer fuego. Saltó el fulano que quedaba ileso, pero a pesar de ello la bala le atravesó una pierna y lo derribó, como había sucedido con el otro.

Subí al coche y puse el motor en marcha. Ivonne, tras su segundo blanco, llegaba corriendo; y tomó —a poco— asiento a mi lado.

—Cuando quieras —dijo.

—Te felicito. Está claro que les tiraste a la cabeza

—Pues no. Tiré justamente a donde les di. No quería matar, eso es todo.

Desconcertante, ¿no? Pero Ivonne es así.

Puse el coche en marcha, y cuando ya lo había lanzado, uno de los pandilleros intentó detenernos.

El morro del auto le golpeó duramente y lo lanzó a distancia, dándome la impresión de que lo había matado.

Pero no era cosa de detenernos a comprobar, entre otras cosas, porque en la lejanía se dejaba oír la sirena de uno de nuestros coches patrulla. Ya se encargarían mis ex compañeros de aquellos indeseables que quedaban allí tendidos.

Capítulo XIII

SE había ido produciendo todo con tal rapidez, que llegamos ante el edificio en que se encontraban ubicados nuestros apartamentos cuando el teniente Walker no había llegado aún.

Y me encontré a poco con la sorpresa agradable de que no solamente llegaba Walker, con el cual había comunicado últimamente, sino también Wyman, deseoso de estar en el final de aquel asunto.

La llegada de ambos con los hombres que les acompañaban, se había producido discreta y silenciosamente, dispuestos ambos a no levantar la caza antes de tiempo.

Les relaté lo sucedido en las proximidades de casa del senador. Y Wyman me respondió:

—Cuando terminemos aquí ya habrá llegado a la comisaría el informe. Y los detenidos, en el caso de que los haya.

Walker tomó la dirección del asunto y se encargó de distribuir a los hombres para qué no pudiese escapar nadie.

Una vez situados todos, tomamos el ascensor Ivonne, mis dos antiguos compañeros y un servidor.

Pero fui yo solo quien se quedó en el piso, mientras los otros, tras llegar hasta el siguiente, dejaban el ascensor para descender por la escalera.

Me dirigí a la puerta de mi apartamento, la cual abrí con la mano derecha mientras mantenía la pistola en mi izquierda.

Recibí la sensación de que mis movimientos eran espiados a través de la mirilla de la misma puerta.

Abrí. E inicié un movimiento para entrar.

Pero salté inmediatamente hacia atrás a tiempo de percibir que algo, con lo que se había intentado golpearme, pasaba silbando cerca de la nariz.

Y el individuo que había fallado el golpe, se fue de narices contra la parte contraria de la entrada.

Entonces golpeé yo duramente con la pistola. Y el fulano se derrumbó exhalando un gemido.

Se encendieron las luces de improviso y descubrí frente a mí a varios individuos. Estaban armados y comenzaron a tirar.

Me salvó mi intuición, pues me tiré al suelo y sentí cómo las balas

silbaban por encima de mi cuerpo.

Las pistolas de aquellos fulanos iban provistas de silenciador, al contrario que la mía, con la cual comencé a disparar sin regateos.

Vi que algunos de los fulanos caían frente a mí, mientras otros intentaban escapar a mi puntería.

Un par de balas me rozaron, irritándome más de la cuenta. Y volví a tirar, estando a punto de ser víctima de mi propia ira.

En aquel momento entraron Walker y Wyman, haciendo fuego a su vez tras lanzar las correspondientes conminaciones, que no fueron obedecidas por los pistoleros.

Al fin se hizo el silencio. Había cesado la resistencia porque los que me habían aguardado en mi apartamento para liquidarme estaban muertos o malheridos.

Aquello ponía fin al espinoso asunto. ¿O no?

No del todo, porque, a la vista de las víctimas últimas, pensé que iba a estallar el escándalo.

Los que habían allanado mi morada, los que esperaban para matarme y despojarme de lo que creían llevaba conmigo, eran nada menos que el aspirante a senador Steve Morgan, el arquitecto Gould, Tony Brennan y tres financieros y especuladores de bastante renombre, que eran quienes habían promovido toda la operación.

Sí, estallaría el escándalo; pero muertas aquéllos y también King Matews y Clift Douglas, que habían sido hechos ejecutar por su fracaso, los nombres de Scott Robins y de Norma, no iban a salir para nada al público.

Ivonne y yo nos alegramos por ella. Pero no nos importó por el senador. Este se había mostrado cobarde. Y ni a Ivonne ni a mí nos iban esa clase de gente.

Ni que decir tiene que ella dejó su empleo. Y pasó a ocuparse más de cerca de mí. Ella sería mi gran acicate para terminar los estudios y así encauzar mi vida por el derrotero que me ofrecía la Fiscalía.

Les aseguro que Ivonne merecía todos aquellos sacrificios y más que se pudiesen hacer.

Me lo demostró aquella misma noche, cuando nos quedamos solos en mi apartamento.

Porque Ivonne tiene una piel fina y satinada; una piel cálida como su voz y su sangre. Y un temperamento que va con el mío.

¿A que me han entendido?

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

